

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO XIX. — N° 71

Enero-marzo de 1950



BUENOS AIRES

1950

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director: Académico ARTURO MARASSO

SUMARIO

ECHAGÜE, JUAN PABLO, <i>Sarmiento escritor</i>	9
RAGUCCI, RODOLFO M., <i>La labor idiomática de don Miguel Luis Aunátegui Reyes</i>	25
RAGUCCI, RODOLFO M., <i>Neologismos de mis lecturas. (Continuación)</i>	37
BECCO, HORACIO JORGE, <i>Don Segundo Sombra y su vocabulario</i> ...	49
MOYA, ISMAEL, <i>Aves de mito, superstición y leyenda en América</i> ..	81
Noticias	127

0783



Excmo. Señor Presidente de la Nación

GENERAL DE BRIGADA JUAN PERÓN

Excmo. Señor Ministro de Educación

PROF. DOCTOR OSCAR IVANISSEVICH

Subsecretario de Cultura

D. ANTONIO P. CASTRO

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente : DON CARLOS IBARGUREN

Secretario : DON ARTURO MARASSO

Don Juan Álvarez
Don Rafael Alberto Arrieta
Don Enrique Banchs
Don Francisco Luis Bernárdez
Don Arturo Capdevila
Don Juan Pablo Echagüe
Don B. Fernández Moreno
Monseñor Gustavo J. Franceschi
Don Martín Gil
Don Roberto F. Giusti
Don Bernardo A. Houssay
Don Enrique Larreta
Don Gustavo Martínez Zuviría
Don Álvaro Melián Lafinur
Don José A. Oría
Don José León Pagano
R. P. Rodolfo M. Ragucci, S. D. B.
Don Juan P. Ramos
Don Ricardo Sáenz Hayes
Don Matías G. Sánchez Sorondo
Don Mariano de Vedia y Mitre

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Don Amado Alonso (España)
Don Narciso Alonso Cortés (España)
Don Alceu de Amoroso Lima (Brasil)
Don Eduardo Barrios (Chile)
Don Marcelo Bataillon (Francia)
Don Jacinto Benavente (España)
Don Alfredo R. Bufano (República Argentina)
Don Néstor Carbonell (Cuba)
Don Juan Alfonso Carrizo (República Argentina)
Don Américo Castro (España)
Don Alfonso Danvila y Burguero (España)
Don Juan Carlos Dávalos (República Argentina)
Don G. Delpy (Francia)
Don Fidelino de Figueiredo (Portugal)
Don Francisco García Calderón (Perú)
Don Luis de Gásperi (Paraguay)
Don Luis López de Mesa (Colombia)
Don José Carlos de Macedo Soares (Brasil)
Don Augusto Malaret (Puerto Rico)
Don Ramón Menéndez Pidal (España)
Don Raúl Montero Bustamante (Uruguay)
Don José María Pemán (España)
Don Ramón Pérez de Ayala (España)
Don Alfonso Reyes (México)
Don Baldomero Sanín Cano (Colombia)
Don Juan Sarrailh (Francia)
Don Juan B. Selva (República Argentina)
Don Rodolfo J. Slabý (Checoslovaquia)
Don Antonio de la Torre (República Argentina)
Don Carlos Vaz Ferreira (Uruguay)
Don Gonzalo Zaldumbide (Ecuador)

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XIX

ENERO-MARZO DE 1950

Nº 71

SARMIENTO ESCRITOR

Hace más de cien años, veían la luz en un diario de Chile los primeros capítulos de un libro argentino cuyo autor, hombre de poco más de treinta años, había sido ya maestro de primeras letras en San Francisco del Monte, lugarejo agreste de su Argentina natal, periodista y conspirador en San Juan, pulpero en Pocuro, cateador de minas en la Cordillera, hombre de letras, político y educador en Santiago. Tildábanlo en Buenos Aires de « salvaje unitario », y de « loco » en muchas partes. Para quienes le conocían de cerca, era un patriota. Maestro lo considerarían más tarde. Ahora la posteridad lo califica como « El Civilizador ». ¿ Necesito agregar que el libro aquél, escrito en amargo destierro, se llamaba *Facundo* y su autor Domingo Faustino Sarmiento ?

¡ *Facundo* ! Sus páginas muestran un panorama dramático : dilatadas llanuras, ríspidas montañas apenas asomadas al horizonte, ciudades y aldeas perdidas en áspero desierto. En aquel escenario multiforme estalla la colisión tremenda de las pasiones humanas, repercute el tropel de la monotonía bárbara, y sacude el espíritu el terror y la angustia de una ominosa lucha entre hermanos. Como un símbolo viviente de épocas sombrías, la figura trágica

del Tigre de los Llanos se yergue dominante en el paisaje.

Si cada libro es reflejo del humano existir; si la obra literaria debe encerrar en sí latidos de alma, el *Facundo* de Sarmiento resulta siendo ejemplo y definición del género; pues en sus páginas todo vive y se agita con vitalidad tan intensa y tan honda, que, a su conjuro, las imágenes se transfiguran en criaturas del arte, vencedoras de la muerte y del olvido.

Después de leer el *Facundo* decía Leopoldo Lugones: « He ahí tu gloria, bribón pequeño o grande: ¡ búscate el odio de un genio, y muérete después sin ser perdonado! ».

En efecto, este libro viene a ser la creación magistral del odio de un genio, de ese odio batallador y justiciero que inflamaba al civilizador frente a los desmanes de la barbarie. ¿ De dónde nace tal odio? Para comprenderlo es menester adentrarse en el espíritu de quien pudo concebirlo, alimentarlo y convertirlo luego en fuente de altos ideales y tenaces luchas.

Cuando don Manuel Montt ocupó la presidencia de Chile, quiso pagarle una deuda de gratitud a Sarmiento. Corrían los años de la tiranía en la Argentina, y el estadista chileno no olvidaba que el borrascoso emigrado argentino — su gran amigo — había sostenido tan brava como eficazmente su candidatura. Y una tarde, al salir del palacio de gobierno le dijo: « Excepto presidente, será usted en Chile lo que quiera ser. Tome carta de ciudadanía ».

« Gracias, — le contestó el sanjuanino — Urquiza está ya por pronunciarse... ».

A lo cual replicó Montt en afectuoso reproche:

« ¡ Un hombre viejo ya, cargado de familia! ¿ Cuándo se le va a asentar el juicio? »

Inconcebible resultaba en verdad para el chileno, que tras tanta miseria y tanta persecución como había sufrido el cuyano, rehusara así, por la precaria esperanza de recobrar una patria, la tranquilidad de su porvenir, la consideración, el honor, y — algo que podía halagar su temperamento — un amplio campo de acción para sus arrestos. Debió parecerle privado de sentido común. Todo Sarmiento estaba sin embargo en aquella actitud, así como en la réplica de Montt, su amigo, su protector, su decidido admirador, está el juicio que los contemporáneos solían formular sobre Sarmiento. Hasta Benavídez, el gobernador de San Juan, sentía por el joven unitario opositor una secreta benevolencia, y cuando éste lo acusaba de abusos despóticos, cuentan que solía exclamar entre socarrón y tolerante:

« ¡ Qué don Domingo éste ! ¡ Siempre el mismo ! ».

Loco, lo creyeron muchos a Sarmiento. Privado de buen sentido, concedieron los más indulgentes. Y en verdad no hubo nadie tan reñido como él con eso que ciertas gentes llaman sentido común. Lo que de verdad le faltaba, era el sosegado sentido común de área limitada, el de los intereses privados y las pequeñas empresas. Él no tuvo jamás intereses privados, pues los substituyó muy pronto por el interés nacional; y en cuanto a la calidad de sus empresas, baste recordar que trataba de implantar las formas superiores de la cultura en esta parte de América, en pocos años y con un campo de batalla por escenario. El menudo sentido común suele ser, en empresas de amplitud tal, un arma singularmente ineficaz. Así lo comprendieron siempre los más grandes estadistas y constructores de la historia.

Lo que a Sarmiento le faltaba, era el pequeño sentido común localista y perecedero. Fatigaba su paciencia y hacía

reventar su cólera generosa el riguroso sentido común de la gente sin horizontes. Su lógica propia traspasaba las fronteras del tiempo actual, y se extendía hacia los grandes lineamientos del porvenir. Esto explica holgadamente la rebosante vastedad de su obra y las resistencias que encontró en su época para realizarla. Todos los actos de su vida, se encadenan ilógicamente para el juicio de los que no veían más allá de una frontera estrecha. El niño tenaz que se empeñaba en poseer instrucción a pesar de las circunstancias adversas, debió parecer absurdo, tal como parecía « cosa de Satanás » su afán de lecturas a las mujeres del pueblo, que espiaban los actos del mozo dependiente de tienda. El tabernero de Pocuro, que enseñaba a leer a los clientes analfabetos, también estaba fuera de nivel.

Cuando en sus peores años de destierro entregaba a su profesor Richard la mitad de su precaria paga mensual para que le enseñara idioma, *era un loco*. ¡ Un capataz de mineros estudiando inglés y traduciendo a Walter Scott ! ¡ Un conspirador que les tira a la cara sus verdades a los caudillos lugareños ! Cuando reformaba la educación, el periodismo, la literatura, hasta las costumbres, parecíales a los demás ilógico y fuera de canon. Y cada vez que dijo una verdad en su vida, — y las dijo a montones cuantos días vivió — debió pasar por loco. Una locura fué también para muchos su plan civilizador. ¡ Pero qué grande, qué bella, qué generosa locura la de aquel hombre desmesurado ! De la mano de don Quijote hubiera podido ir por los caminos de su tiempo, el genial desequilibrado sanjuanino.

En esta apreciación vulgar de la mentalidad de Sarmiento entraba, por mucho, esa desconfianza con que se mira a los hombres que convierten cada sentimiento en una pasión. Y

Sarmiento fué un pasional. Pasión su argentinismo integral llevado a la máxima intensidad ; pasión su odio a la barbarie ; pasión su pertinacia civilizadora. Fué sobre todo, argentino. No hay acto, ni idea, ni intención, ni movimiento alguno de su espíritu que no se derive de su ansia de sublimar los valores de la patria. Quiere conducirla él mismo a un alto nivel de vida cultural, es decir, a un lugar de preeminencia entre las naciones civilizadas, para que su bandera acaudille noblemente allí « cien millones de argentinos », como dijo en su arenga famosa. Por eso conspira, pelea, escribe, polemiza, trabaja, — ¡ hasta insulta ! — por la cultura. Era tal su identificación con el ideal civilizador por él perseguido, que todo error o crimen cometido por los demás contra éste, le escocía a él como herida en carne propia. Su violencia, sus audacias, su visión profética del porvenir chocaron contra obtusas resistencias, y allí se desencadenó su odio a la barbarie que, a descubrirle cara tangible, hubiera abofeteado. En su defecto volvióse a quienes la representaban, y descargó sobre ellos tremendas baterías. Cuando comprobaba los excesos de los por él llamados bárbaros, hubiérase dicho que era la civilización misma la que se retorció de cólera en las entrañas de Sarmiento. *Facundo* nació de una de esas turbonadas de su espíritu. Y en ese fuego se retemplaron sus vigili-as de escritor.

« Escribir por escribir, — decía — es la profesión de los vanidosos, de los indiferentes sin principios y sin verdadero patriotismo ; escribir para insultar, es de los malvados y de los estúpidos ; escribir para regenerar es el deber de los que estudian las necesidades de la época en que viven ».

Él escribe para *regenerar*. Toda su obra gigantesca y recia como un pico de la cordillera aladaña, oriéntase hacia esa

meta suprema. Para regenerar la patria apartándola del caos y del yermo, escribió libros como *Facundo* o *Recuerdos de Provincia*, y en los cincuenta y tantos tomos de su obra no hay una línea sola que no dimane de ese impulso creador.

Escribe, polemiza, traduce obras ajenas renueva los métodos de la educación, intensifica su propaganda política, abomina de Rosas, que le teme, y, sin descuidar la situación política o intelectual de Chile, busca en la capital argentina, ambiente propicio para su campaña liberadora: denuncia crímenes y pronóstica el futuro. Viaja por Europa, América, y África, y su experiencia, ya larga, se enriquece y madura. Pero los frutos no son para él. Derramó generosamente la obra de sus facultades creadoras, sin detenerse a pensar en sí mismo, obedeciendo a una orgánica necesidad de mejorar en torno suyo, la vida, los hombres, la sociedad, las instituciones.

Quiso dotar a su patria de todo lo bueno que contiene el mundo, Quiso barrer la barbarie, modelar la raza, educar los pueblos, conformar al país entero a su ideal; y como no supo de diferencias entre sueño y acción, lo hizo de modos diversos; sobre todo con su pluma, aquella incansable pluma sarmientina que derramó en nuestro suelo, más tinta y más ideas, que las que derramarían después tres generaciones. Cuando su tremenda lucha contra Rosas epilogó en Caseros, empezó otra batalla de renovados ardores, que libró en todos los altos cargos de la vida pública. Gobernador de su provincia, diplomático en Chile y en Estados Unidos, legislador, ministro, presidente, aprovechó cada plano de su actuación para ir construyendo su sueño. Pasaba de un proyecto a otro de una innovación a otra, de una fundación a otra, con la confianza de un jardinero, que planta en

la tierra negra sus rosales y se regocija en su corazón, imaginando la eclosión futura de las flores. ¿La primavera está lejos ¡ No importa ! A su tiempo florecerán las rosas.

Liberal y filósofo demócrata, como Echeverría, como Moreno, como Alberdi, tomó parte en la famosa campaña intelectual de la Asociación de Mayo. Republicano sincero, porfiado campeón de la libertad, organizador del progreso, comprendió que las más bellas conquistas humanas, dependen de la educación y se aplicó porfiadamente a romper lanzas, para levantar el nivel espiritual de sus compatriotas. Alguna vez le reprocharon su utilitarismo. Él había paseado sus ojos desolados sobre la pampa, sobre la selva, sobre la montaña que para edificar el país de su sueño necesitaba avasallar. La magnitud de semejante obra, no demandaba especulaciones pensantes, sino acción concreta. Por eso exaltó, en la suya propia, el poder de la voluntad humana. Por eso afirmó el libre albedrío y el sentimiento de la responsabilidad en los hombres. Y tal vez, por eso, — soñador y vidente, — entrevió la realidad del futuro. Tuvo todas las audacias y todas las grandezas. Sembró escuelas, creó bibliotecas, llamó a los sabios, inició industrias, fundó todas las instituciones ausentes, aconsejó la confraternidad americana, quiso suprimir el latifundio ; fué general, magistrado, o artista, a medida que las necesidades de la lucha lo exigían. Y todo para bien de los demás, con esa clarividencia que nimba la frente de los apóstoles.

Una cantilena absurda suele dejarse oír por ahí : Sarmiento no fué en verdad un escritor. ¿ Querrán significar quienes tal dicen, que no fué un barajador de palabras vacuas ? Su programa de civilización, comprendía también al arte. ¿ Le impidió de veras el utilitarismo que se le enrostra, ser escri-

tor? No escribía ciertamente con la pulida pluma del peñonista minucioso y pulcro: su zarpa impaciente arañaba el papel denunciando injusticias, condenando errores, dándole suelta a insatisfechas ansias de rebeldía contra la estulticia o el marasmo espiritual del ambiente. Sus ojos iban al encuentro del porvenir, sobre la comba del horizonte. Amontonaba en sus páginas la visión lejana, con sus pasiones, sus dolores, sus rebeliones, sus ternuras, y con todo ello amasaba una sola substancia espiritual, para vertirla en sus libros, en sus artículos en sus ensayos, en sus discursos. ¿Acaso el arte es sólo retórica relamida, estilo a la moda, lingüística, semántica, filología, conceptismo, diccionarios? ¿Debe el artista olvidar el inexhausto manantial que le ofrece la vida? El dolor, la angustia, la felicidad, el amor, la tragedia humana ¿nada significan, y deben retroceder ante la palabra acicalada, como retroceden los partiquinos ante el tenor?

Es toda la vida de un país la que se agita en los libros de Sarmiento, reflejada por el bruñido espejo de su espíritu broncíneo. Hombres, cosas y paisajes quedaron fijados para siempre en sus páginas: el rastreador, sobre la huella de todos los caminos; la sombra fatídica de Facundo — casi magnífica de barbarie — sobre el cielo lúgubre de la anarquía; las gentes sencillas del hogar provinciano, sobre el telar, sobre el surco, sobre el heroísmo diario, sobre el sacrificio constante, haciendo la patria, forjando lo específicamente argentino. ¿Eso, no es arte? ¿Tampoco habrá entonces belleza, en la cordillera ciclópea que abraza a América con sus tentáculos de piedra? ¿Tampoco la habrá en el bosque, variopinto de follajes indómitos...? ¿Que se acicale la cordillera, que se recorte el bosque en festones versallescos, que se expurgue y depure a Sarmiento, y tal vez así con-

cederán los impenitentes devotos de la forma por la forma, que el hombre que escribió durante sesenta años, llenando los ámbitos con sus ideas, con sus evocaciones, con sus enérgicos dictérios, era un admirable escritor! « No alcanzó a ser orador », suelen también reprocharle. Sin embargo hablaba como un numen. Le poseía, — así el demonio la fábula antigua, — el espíritu del tema, que él plasmaba en conceptos precisos, en adjetivos de irresistible eficacia, en poderoso magnetismo de ademán, de figura, de entonación, de fuerza emocional. ¿Qué es el orador, sino una energía alucinante que unifica y hace vibrar como dócil cuerda la emoción de cien espectadores, en una sola tensión espiritual? ¿No era Sarmiento orador, aunque imantase a los públicos? Hizo enmudecer a los opositores enconados, contuvo a veces con un ademán, con un solo gesto de su cabeza leonina, con una sola réplica — a menudo sangrienta — cualquier resistencia. ¡Y qué orador era el hombre que alzó su voz en la convención del año 60, y lanzó su patriotismo contra todos los intereses locales, contra todas las divergencias de los hermanos, contra todos los viejos rencores! Hacía treinta años que la madre común lloraba — como todas las madres — el extravío de los hijos. En aquel discurso histórico, Sarmiento enjugó esas lágrimas, unió las voluntades en una sola voluntad argentina, e hizo más por la unión nacional, con un solo discurso, que cien legisladores en cien deliberaciones.

Voces extranjeras de alto prestigio como la de Miguel de Unamuno, lo han proclamado: Sarmiento fué un escritor de gran raza, independientemente del sentido batallador de su prosa. Y no nos cansemos de afirmarlo y repetirlo nosotros: lo fué por el manejo del idioma que afectaba desdeñar,

aunque lo conociese a fondo en sus más castizos orígenes : lo fué por lo personal de su estilo, que por momentos se trueca en estilete ; lo fué por el timbre emotivo de sus períodos, por el relieve y el colorido de sus descripciones, por el movimiento impetuoso de su frase. ¿ No son acaso fundamento de la literatura argentina, sus libros de recuerdos, de evocación y de filosofía social, mal que les pese a los cultores del palabreo abstruso, y de las estéticas criptográficas ? ¡ Que se nos demuestre si es posible componer una historia completa y veraz de nuestras letras sin hablar de Sarmiento, y sabremos entonces cuál es la verdadera proyección de su obra !

Cuando llega a Chile en 1840, — asegura que « no sabe escribir ». Allí se encuentra a sí mismo e inicia largas y resonantes campañas intelectuales. Era que el emigrado argentino había llevado consigo la potencia de su genio, su formación intelectual de autodidacto, su larga frecuentación de los libros, y el rico venero de la lengua aprendida en el hogar provinciano, verdadero reservorio de voces castellanas acumuladas por la tradición de la colonia en el núcleo familiar. Todo ello lo caracteriza como excelente publicista de genuina raíz hispana, no obstante su hispanofobia circunstancial. Desde muy niño frecuentó Sarmiento la gramática. En su polémica con Bello dirá después que en materia de idiomas « no hay que andarse con reglas ni con autores », importando mucho más el hábito y el ejemplo para el buen decir. La verdad era sin embargo, que desde los primeros años, en la escuelita de la Patria, y en sus solitarios estudios, se había familiarizado con los tecnicismos del habla.

Tuvo además en torno suyo el ejemplo vivo del idioma en la parla habitual y castiza de la ciudad natal. De sus ávidas lecturas quédale rica cosecha de ideas. Los clásicos espa-

ños de los siglos XVIII y comienzos del XIX no eran, en cuanto al fondo, los preferidos de su espíritu: pero los conoce, y acaso a pesar suyo, han influido en su vocabulario y en su estilo. Por otra parte ha devorado cuanto impreso cayó en sus manos sobre filosofía, sobre historia, sobre política, sobre lo que después se llamó sociología.

Su conocimiento de las lenguas extranjeras le permitió abordar las letras inglesas o francesas en libros de grandes pensadores y novelistas de su época. Poseyó además, un agudo sentido crítico que le permitía discriminar valores, gustar las bellezas escritas tanto como captar su utilidad. En ocasiones, su apreciación literaria llega a incidir sobre hechos capitales de nuestra producción literaria de entonces, tal como ocurre con la aparición de la pampa, transfigurada en paisaje estético en *La Cautiva*, de Echeverría. Y por sobre todo ello, ahí está la marca indeleble de su garra y el calor inextinguible de su emoción en cuanto salió de su pluma. Podía ser ocasionalmente un crítico en todos los géneros, — incluso el dramático que en Chile justipreció — pero quería ser y fué, sobre todo, un creador. No importa entonces, que deslice aquí o allá un galicismo o trastrueque las voces de los verbos, urgido por la agobiadora premura de su constante labor. Su obra toda es perentoria eclosión pasional — lo dije ya pero bueno es repetirlo: — no tuvo tiempo ni paciencia para ocuparse en atildar y recomponer las carillas que lanzaba al público apenas llenadas. Mas esta ruda necesidad de transformar su pluma en arma de combate no lo empequeñece: lo caracteriza simplemente. Hispana por la raíz, americana y argentina por el contenido ideológico, es la obra del coloso civilizador. Y me ha ocurrido pensar a veces, al leer sus libros, en esas construcciones típicas de

ciertas viejas ciudades de nuestro continente, erigidas con piedras cortadas de la entraña andina y pulidas luego en pilastras y arquerías de genuina arquitectura española. ¡ Qué evocador encanto les prestan esos edificios a los lugares donde la historia del continente se desarrolló ! Una amalgama semejante de elementos existe en la obra literaria de Sarmiento. Su patria y la raza le dan la sustancia ; su genio es el fuego que funde y enlaza armónicamente los ingredientes constitutivos de la fábrica.

Se ha dicho de él que en otro ambiente y con otra misión hubiera sido un novelista. Poseía sin duda las facultades de narrador y la habilidad descriptiva propias del género. Poseía incluso, la visión, a veces adivinatoria, de los paisajes, como lo prueba su descripción de la pampa, hecha mucho antes de haberla contemplado. Pero, en todo caso, puede afirmarse que en cualquier ambiente y con cualquier misión hubiera resultado escritor. Como hombre de letras, libre de banderías estéticas y de modas pasajeras, al margen del romanticismo de su tiempo, o coincidente con él por razones de momentos o de política, Sarmiento afirmó la necesidad de que todo autor tenga derecho a poner la marca de su personalidad en el estilo, sin sujetarse a las normas consagradas, y aun de espaldas a los moldes académicos. Reclamó también la liberación del idioma de los viejos cánones retóricos. Pudo ser excesivo, desordenado o atrabiliario a veces : pero en todo caso tuvo la gloria de ser *él mismo*, como Cyrano en una escena memorable. Sólo que Sarmiento no necesitó, como Cyrano, de las sombras para liberar su *yo*. Fué *él mismo* a plena luz, a cara descubierta, a despecho de todo y a la vista de todos.

« Mis ideas se arrastran al comenzar el escrito. — decía —

y éste no adquiere vigor sino a medida que avanza, como aquellos generales a quienes la batalla ilumina ».

Es que en verdad, él encontraba la inspiración y la fuerza en cada uno de sus combates por la cultura nacional; y cada uno de ellos está ilustrado por una página o por un libro de los que escribió. El propio *Facundo* empezó como una prosa de combate, pergeñada a prisa, sin darle pausas a la inspiración crepitante. Los *Recuerdos de Provincia* obedecieron igualmente a una necesidad de lucha. Y con todo, tan enlazados están ambos libros a la historia y a la realidad del espíritu argentino, como aquellas raíces soterradas de la vieja higuera tutelar, que se anudaban bajo el patio del hogar paterno.

En el resto de su obra literaria encuéntranse caracteres idénticos a los de aquellos libros. En la *Vida de Dominguito*, por ejemplo, la doliente evocación de una vida joven y bien-amada se entremezcla con las convicciones del educador. Y en la *Campaña del Ejército Grande* se suma a la viviente y prolija reconstrucción histórica de la cruzada, la crítica del técnico militar, aplicada directamente a las acciones de la guerra en que actuó paso a paso. Si abrimos *Argirópolis*, veremos renovarse en sus novelescos capítulos la eterna quimera del país ideal, de la utopía nacida de su sueño civilizador. ¿De dónde le venía la eficacia directa de su prosa, y su comunicativa emotividad? Evidentemente de su disciplina periodística. Periodista lo fué desde sus comienzos; periodista a la manera de Voltaire, por la multiplicidad y la elevación de los asuntos que trataba, a cien leguas del gaceti-llero o el cronista. Cuanto su pluma comentaba era trascendente para los intereses morales o materiales de su país, punto de mira supremo de sus desvelos.

Cábele a San Juan la honra de haber sido palestra de los primeros pases de armas de Sarmiento en el periodismo, así como también campo experimental de sus fundaciones primigenias de educación popular. Fué allí donde inició sus luchas civilizadoras durante las jornadas memorables de su juventud. Y allí fué donde promovió, con otros idealistas de su laya, aquella *Sociedad Literaria* de inspiración idéntica a la *Asociación de Mayo* creada por Echeverría en Buenos Aires: la cual, con su filial sanjuanina, son hoy históricamente consideradas como los primeros estadios donde la jóven generación de entonces, se dió a bregar a cuerpo perdido por la cultura y por la libertad.

La escuela de niñas llamada de Santa Rosa, benemérita institución cuya breve existencia no redundó en desmedro de su importancia docente y social, la organizó allí el precoz educador. Y *El Zonda* de ilustre memoria, — antorcha entre tinieblas — ¿no es acaso tan sanjuanino como el lugar y el viento que le dieron su nombre epónimo? En San Juan, por fin, sostuvo Sarmiento sus primeros duelos contra la opresión, y sufrió sus primeras persecuciones. Fué el solar nativo, en suma, el que le insufló y vió surgir su vocación; y en el solar nativo es donde sus biógrafos deben buscar el troquel que plasmó aquel genio desmesurado y desbordante. Para siempre ha quedado San Juan en las páginas de *Recuerdos de Provincia*, libro de intimidad y de emoción, algunas de cuyas páginas se funden en un remanso de infinita ternura. La descripción de la casa paterna, las escenas de la vida familiar, y sobre todo, la figura materna, son cuadros de gran arte, inspirados por un corazón estremecido de amor, y han de perpetuarse entre los mejores trozos antológicos de nuestra literatura.

Sarmiento y su provincia son inseparables en su historia y en su interpretación psicológica. La cuna de un tal hombre sólo pudo nacer en la tierra sanjuanina de las cumbres y de los valles, de los ríos fragorosos y de las travesías trágicas. El núcleo vital de aquella existencia estaba hecho, como su cordillera madre, de roca y de fuego, con los perfiles imponentes de sus picachos y la profundidad abismática de sus precipicios. Diríase que el heroísmo, la tenacidad y el largo combatir que informan la historia toda del solar cuyano, pasaron a henchir, por singular confluencia, las venas del niño predestinado. Ráfagas del Zonda lugareño parecen agitar su vida colmada de sucesos dramáticos, y como el río que mece sus ondas junto a la vieja ciudad de Tulum, así también la cólera civilizadora de Sarmiento suele salir del cauce y arrasarlo cuanto encuentra a su paso. Como produce la vida sus opulentos racimos bajo el sol de San Juan, así produce Sarmiento los frutos de su genio, y como las aguas bienhechoras que aquí fertilizan los valles, así el grande hombre deja a su paso por la historia nacional la siembra magnífica de sus fundaciones y de su obra escrita. Las generaciones que allí lucharon contra la adversidad o contra la naturaleza, contra la inundación aniquiladora, o contra el sismo apocalíptico, contra las fuerzas de la barbarie, o contra las limitaciones de una época, y volvieron a levantar la heredad y reemprendieron cien veces el camino, transfundieron, sin duda en el hijo dilecto de San Juan sus energías vitales y sus sueños para el futuro, su fe inmovible en las fuerzas del espíritu, y su constancia creadora, San Juan está en Sarmiento, hasta en sus demasías. San Juan está en Sarmiento, como el astro en su luz. Natural era que el prócer deseara para su tumba, por todo monumento recor-

datorio, un pedrejón arrancado a su montaña nativa. No habría epitafio mejor, ni escultura, ni lámpara votiva, que dijese con más complicada elocuencia cuanto fué y cuanto pudo Sarmiento; la esencia de su alma y la índole de su energía.

Uno solo fueron en la vida, Sarmiento y su tierra. Como uno solo se proyectan ambos en la historia de la patria, y en la gratitud de la posteridad; como uno solo están fundidos en la intimidad de los corazones sanjuaninos, y como uno solo corren las rutas de la historia, guiados por una estrella misteriosa, tan resplandeciente como ese lucero que a la hora del crepúsculo ilumina con deslumbrantes destellos el límpido firmamento del valle natal.

JUAN PABLO ECHAGÜE.

DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES¹

Señores académicos :

Por el artículo 1° de su Estatuto, la Academia Argentina de Letras tiene señalados, entre sus fines : « dar unidad y expresión al estudio del idioma » con el objeto de « conservar y acrecentar » su envidiable tesoro ; « velar por su corrección y pureza » y « fomentar por todos los medios a su alcance la dignidad de la labor intelectual ». Y estimo no haya jactancia alguna en afirmar que la Academia ha desarrollado siempre sus actividades sin apartarse un ápice de tan loables fines.

Ahora bien, yo me pregunto : ¿ no está dentro de estos el mirar con simpatía, estimular y aplaudir a cuantos, siquiera ajenos a la institución, sean individuos, sean corporaciones, trabajan por la consecución de los mismos ideales? Y si ello es así, se colige que no puede la Academia permanecer indiferente cuando viere caer a alguno de los aliados en tan noble cruzada.

¹ Discurso pronunciado en la sesión de homenaje a don Miguel Luis Amunátegui Reyes realizada el 17 de noviembre de 1949.

Este preámbulo, señores académicos, justifica, a mi entender, la delicada invitación con que se ha dignado honrarme el señor Presidente, a pronunciar estas palabras en memoria, nó de un simple soldado, sino de un ínclito adalid que acaba de pasar al seno de la inmortalidad. Me refiero a uno de los varones ilustres y sabios del Continente, que, en las disciplinas del bien decir común, por más de un aspecto, mereció frecuentemente ser citado a la par de Bello, de Cuervo, de Caro y de Suárez, con el enaltecedor dictado de Maestro : es don Miguel Luis Amunátegui Reyes, orgullo de Chile, gloria de Hispanoamérica.

Y, pues huelgan las fáciles expresiones lisonjeras, donde las realizaciones abundan, sea la mención, siquiera sucinta, de sus obras, su elogio más eficaz y acabado.

Nació don Miguel Luis Amunátegui Reyes en Santiago el año de 1862, de padres distinguidos. Cursó con brillantez la carrera de Leyes ; a poco de graduarse, obtuvo la cátedra de Derecho Civil y acreditó su competencia con varios escritos jurídicos notables. Con anterioridad, en 1891, había sido llamado a dictar castellano en la Universidad fundada por Bello, y luego, en otros institutos. El idioma patrio fue la asignatura a la cual consagró la mejor parte de sus desvelos. Poseyó el dón de alternar hábilmente, con las áridas normas gramaticales, nociones fundamentales de preceptiva literaria encaminadas a la práctica de la composición, análisis de obras maestras, digresiones históricas y anécdotas oportunas, con lo que tornaba fácil, amena y esperada esa filosofía, para muchos engorrosa e indigesta, que es al fin la gramática. Desde entonces le dominó una inquietud : la de corregir el habla defectuosa de sus alumnos, y a fe que, con el correr de los años, quedó ampliamente remunerado por

los afanes de su siembra : muchas de las mejores plumas de Chile se afinaron y templaron en el crisol de sus inolvidables lecciones.

Para él fue un culto el lenguaje correcto. Y, desconfiando de la eficacia de la mera enseñanza oral, necesariamente fugaz y ocasionada a deformarse, si nó a olvidarse, recurrió a la enseñanza permanente del escrito. Fue así como en 1894 publicaba *Borrones gramaticales*, el primer libro con que exhorta a la propiedad del habla. Se inicia con una agradable disertación sobre la necesidad que hay de expresarse en forma irreprensible e inequívoca en todos los campos y especialmente — lo sabe como abogado — en el de la legislación y judicatura: En sendos capítulos discurre sobre diversas incorrecciones que cunden, sobre cierto número de chilenismos, sobre buenos y malos neologismos, sobre deficiencias y aciertos de la nueva edición de entonces del léxico oficial y sobre otros problemas de igual índole.

Diez lecciones similares ofrece un año después en *Al través del Diccionario y la Gramática*, donde estampa generosa profesión de observancia idiomática en conceptos como estos : « Conviene tener la relijión del lenguaje correcto ; pero es preciso evitar que ella dejenere en superstición. El vocabulario de nuestros padres es un depósito sagrado que debemos entregar a nuestros hijos ; pero esto seguramente no obsta a que procuremos trasmitirlo mejorado y enriquecido. La incolumidad de un idioma no se opone a su incremento y perfección ». Seguidamente citaba, entre otras, estas palabras de don Manuel Tamayo y Baus, secretario perpetuo entonces de la Real de Madrid : « Nunca ha sido propósito de la Academia cerrar el paso a las novedades útiles o que el uso reclame. Pero cúmplele moderar y guiar este movi-

miento, bien que sin atribuirse autoridad constituyente, y resistir los embates del mal uso en cuanto a ello alcancen sus fuerzas ».

Hacia 1900, la necesidad de reposo lo llevó a viajar por diversos países europeos. Visitó a España y, llegado a Madrid, no resistió al deseo, nacido de sus aficiones, de asistir a algunas juntas de la Real Academia Española y conocer *de visu* a sus miembros más ilustres. Acaeció entonces lo que, en una crónica literaria de *El Mercurio* chileno de octubre último, relata así el escritor Hernán Díaz Arrieta, que firma 'Alone' :

« Anunciáronlo por su nombre y apellido y le dieron inmediata entrada ; pero notó que lo miraban con sorpresa y hasta mal disimulada duda. Después de consultarse entre ellos, uno de los inmortales personajes le declaró vacilante : — Señor, nosotros contamos en nuestro seno al ilustre escritor de Chile don Miguel Luis Amunátegui y mucho nos honra su compañía ; pero ; vamos... que no puedeser usted !... Explicó él la confusión, por lo demás muy natural, que hacían de su persona con la de su tío ; presentáronle los otros sus excusas, y el incidente quedó cerrado con la fijación de día y hora para que el joven maestro chileno fuera recibido en sesión solemne e incorporado a la Academia..., lo cual se efectuó, sirviéndole de padrinos en la ocasión don Gaspar Núñez de Arce, don Ramón de Campoamor y don Juan Valera ».

Como se ve, lo habían tomado por su preclaro tío, Correspondiente de la Española, de nombre y apellido iguales a los suyos, muy conocido y respetado como autor de *Acen-tuaciones viciosas* y de los tres tomos de *Apuntaciones lexicográficas*, que, lamentablemente, quedaron inconclusas. En

ambos trabajos, había colaborado eficazmente Gregorio Víctor Amunátegui, padre de nuestro joven. Erãñ estos los dos ilustres hermanos Amunáteguis, que siempre muy unidos en vida, han merecido vivir juntos también en el bronce que les decretaron sus compatriotas. Y no murió con ellos la pasión por el idioma : como espléndida herencia, que debía acrecentarse aún, se trasmitió al sobrino, al hijo.

Da este a luz en 1902 *Críticas y charlas*, volumen en que andau gratamente mezclados, con juicios sobre diversos libros nacionales y extranjeros, algunas disquisiciones lexicológicas, casos sintácticos, comentarios sobre *Voces usadas en Chile*, de Aníbal Echeverría y Reyes y un notable artículo en que vibra vigoroso su amor profundo a la patria agredida. Entre las publicaciones allí enjuiciadas, figura honrosamente la que lleva por título *Sobre el lenguaje*, cuyo entonces « joven » autor, « lleno de talento y de erudición », era don Carlos Martínez Vigil, compañero de José Enrique Rodó, y con él, con Víctor Pérez Petit y su propio hermano Daniel, fundador de la prestigiosa *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* de la vecina orilla. Me he permitido, en breve digresión, citarlo expresamente en un homenaje a quien fue también toda la vida un apasionado de la lengua y maestro eximio de ella, y admirador entusiasta del de Santiago, a quien cita a menudo en sus trabajos ; poco después de este, el 24 de octubre último, dejó de existir en Montevideo, a los setenta y nueve años, siendo Presidente de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay y vicepresidente de la Academia Nacional de Letras.

En 1905 da Amunátegui a la prensa *Mis pasatiempos*, que brindan horas de solaz al lector con lo variado y oportuno de sus temas, especialmente con su vivaz estudio sobre dimi-

nutivos, con la jugosa crítica de las *Papeletas lexicográficas* de Ricardo Palma y con una prolija defensa del verbo 'ocuparse' empleado con la preposición 'de', contra el fallo condenatorio de la Academia, Baralt, Cuervo y muchos otros, y se apoya para ello en el uso de más de sesenta escritores « cuyo prestigio es innegable ». A todo esto agrega un valiente oficio dirigido al Rector de la Universidad de Chile sobre la *Decadencia del estudio de la gramática castellana*, cuyo sólido contenido, perfectamente actual y de valor perdurable, merecería amplia divulgación entre nosotros y comentario, para fomentar el sano humanismo en nuestra escuela.

Algunos años después, en 1914, se lleva a cabo la reorganización de la Academia Chilena, Correspondiente de la Española, tras una interrupción de más de cinco lustros. Amunátegui Reyes integra la primera lista de individuos de número de esta segunda época. Don Crescente Errázuriz, después Arzobispo de Santiago, preside como Director hasta 1931, en que muere, y le reemplaza en el alto sitial don Miguel Luis, reelegido sin interrupción alguna al fenecer cada período.

Las palmas académicas fueron para él lo que debían ser: una responsabilidad mayor en el cultivo y tutela del idioma. Estimuló a los compañeros con frecuentes y provechosas iniciativas. Generosamente, ofreció parte de su espléndida casa de las Delicias, — verdadero palacio en dimensiones y suntuosidad, — para sede de la Corporación. En regazo tan acogedor, una fotografía de reciente fecha nos muestra aquel senado académico casi en pleno: son estadistas, filólogos, jurisconsultos, catedráticos, poetas, periodistas de nota; varios de ellos son antiguos alumnos de don Miguel

Luis, que los preside en completa ceguera; en torno de él diviso a Alejandro Silva de la Fuente, Arturo Alessandri Palma, Samuel A. Lillo, Miguel Cruchaga Tocornal, el padre Raimundo Morales, Tomás Thayer Ojeda, Ernesto Greve Sch., Miguel Luis Amunátegui Johnson, Pedro Lira Urquieta, José Miguel Irarrázaval Larráin, Antonio Huneeus Gana, Augusto Iglesias y Rodolfo Oroz. Allí, con su prudente dirección o inspiración, se llevaron a cabo importantes trabajos, se discutieron temas literarios, se estudiaron los chilénismos, se planearon y efectuaron lucidos certámenes, se editó el *Boletín* y se mantuvieron vivas las relaciones con la de Madrid y con las análogas de diversos países.

Desde entonces fueron cayendo de la fértil pluma de Amunátegui, amén de una decena de trabajos históricos o biográficos, otras obras que lo consagraron definitivamente como escritor correctísimo, flúido, ameno y elegante, y, sobre todo, como maestro indiscutible del habla de Cervantes: *La enseñanza de la gramática* (1914); *En la puerta de la iglesia* (1914) — con tierna dedicatoria a su señora madre doña Josefa Reyes —, donde discurre ingeniosamente « sobre algunos vocablos más o menos conexos con las cosas sagradas »; *El neologismo y el Diccionario* (1915), docta conferencia pronunciada en la Universidad santiaguina, con orientaciones sabias y liberales como estas: « La vitalidad de una lengua se manifiesta en su constante desarrollo... El intento de paralizar el lejítimo incremento de un idioma valdría tanto como pretender encadenar la civilización, amordazar el pensamiento, privar de racionalidad al jénero humano... Es a todas luces errónea la creencia de que, al hablar o escribir nuestra lengua, no podamos valerlos de otras voces que de las que se hallan espresamente catalogadas por la

Real Academia Española en su Diccionario... Me propongo ahora esclarecer esta cuestión a fin de alentar a los tímidos... Restringir el vocabulario a los estrechos límites del léxico oficial, equivaldría a privarnos voluntariamente de un caudal que nos pertenece y que podemos usufructuar con entera libertad y en beneficio de todos ». Se refiere en el último párrafo al indefinido número de vocablos que la necesidad o conveniencia nos permiten formar de las voces castizas sin más que aplicar debidamente las reglas de la derivación y composición castellanas, y aun españolizarlos, si se trata de términos extranjeros indispensables.

Para su bienintencionada campaña de facilitar la escritura correcta y aun el aprendizaje de la lectura, dio a luz en 1917 *La reforma ortográfica*, doctrina basada en lo que habían practicado Bello y otros, y que él observó indefectiblemente así en el manuscrito como en el impreso. ¡ Cuántos errores se evitarían, si se aceptara de una vez el sistema, que, en suma, se reduce a representar siempre con *j*, nunca con *g*, los sonidos *je*, *ji*; con *i*, nunca con *y*, el sonido vocal *i*, y a emplear, fuera de unos casos muy contados, *s*, y nó *x*, después de vocal y delante de otra consonante, que es en realidad lo que siempre pronuncian hasta las personas más cultas que no quieren parecer afectadas. Para insistir en ese empeño, escribió sucesivamente : el opúsculo *¿Cuál es la ortografía que más favorece a nuestra raza?* (1918), *El uso de la G y de la J* (1920) y *Ortografía razonada* (1926).

Es verdad que no obtuvo en esto todo el éxito que anhelaba, porque es bravía la obstinación del prejuicio ; pero con satisfacción vio que parcialmente se adoptaba su reforma en América y aun en España, y vio como la apoyaban, entre otros, don Miguel de Unamuno, quien la consideraba

un progreso efectivo, pues — afirmaba — « la sencillez debe ser aquí el supremo criterio » ; los académicos don Niceto Alcalá Zamora, para quien la novedad era plausible, porque « aumenta la claridad de nuestra escritura, generalmente acorde con la fonética » ; el mismo Director don Ramón Menéndez Pidal, quien, en 1930, tenía resuelta ya la adopción, según declaraciones de don José Alemany, quien, por su parte, aconsejaba cambios aun más atrevidos, en lo cual le acompañaba don Julio Casares, el actual Secretario Perpetuo de la Real Academia. ¿ Quién no recuerda el artículo que este, en 1940, entregó a *La Prensa*, y en el cual manifestaba haber ingresado en la Academia « con la ilusión de prosperar la simplificación ortográfica, sancionando de esta manera y completando los ensayos que se vienen haciendo en América », y afirmaba haber encontrado « una constelación de académicos favorable a mis intenciones », para concluir que si « la Academia, hoy por hoy, no quiere hablar de reforma ortográfica, sería equivocado sacar en consecuencia que en el seno de la Corporación faltan partidarios convencidos, y aun acérrimos, de tal reforma ? ».

¿ Y por qué no se han impuesto entonces esas modificaciones declaradas laudables ? Porque lo usual es que las gentes esperen una resolución de la Academia, y esta, a su vez, para firmarla — transcribo expresiones textuales suyas —, « pesando las ventajas e inconvenientes de una reforma de tanta trascendencia, ha preferido dejar que el uso de los doctos abra camino para autorizarla con acierto y mayor oportunidad ». Al fin, ese es el oficio de la Academia : nó, legislar *a priori* ; sino conocer, estudiar el uso y, cuando le hallare las condiciones de bueno, sancionarlo. En esto estribaba, sin duda, la predicción con que Alemany estimulaba a don

Miguel Luis a no cejar en su propósito, escribiéndole : « La reforma se abrirá paso poco a poco, y vendrá en un día, aunque sea más tarde de lo que deseamos ».

Volaban los años, y la pluma del maestro no se despuntaba ni enmohecía ; la vista sí, empleada amorosamente en ir interpretando los imposibles manuscritos de su venerado mentor don Andrés Bello, el glorioso venezolano bienhechor de Chile, se le iba oscureciendo día a día. Pero la actividad era su ley ; necesitaba convertir todavía mucha tinta en ideas de luz. Por eso, en 1924 emprende la publicación de *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, cuyo tercer tomo apareció en 1927. A su padre Gregorio Víctor Amunátegui dedica este trabajo, como fruto de las lecciones de él recibidas y para agradecerle su orientación y estímulo en el arte de escribir. En el referido título alude al *Diccionario manual de locuciones viciosas y correcciones de lenguaje*, que en 1902 había echado a correr en Barcelona el padre Camilo Ortúzar, docto eclesiástico chileno, que, después de haber acompañado como heroico capellán a sus compatriotas en la guerra del Pacífico, se había alejado de la patria, huyendo, como nuestro fray Mamerto Esquiú, de los esplendores de la mitra, y en Turín, cautivado por aquel robador de corazones que fue San Juan Bosco, que en su pobre casa le ofrecía « pan, trabajo y paraíso », se alistó en su milicia de amor y de paz. Era ya autor de varios libros de literatura piadosa. Entonces publicó su diccionario, en que había recogido las mejores opiniones de su tiempo ; por eso fue autoridad entre los lexicógrafos hispanoamericanos, y para el mismo Amunátegui « una buena obra que necesita tener a la vista todo el que quiera expresarse en castellano con la debida corrección » ; pero, como en el cuarto

de siglo corrido desde su aparición, ese linaje de estudios había adelantado no poco, el erudito escoliasta debe señalar reparos, ora a veces que Ortúzar cita como chilenismos y no lo son porque su ámbito geográfico se extiende más allá de las fronteras de Chile; ora a vocablos vaga o parcialmente definidos, y a menudo a otros motejados de incorrectos, que tienen en su favor el uso reiterado de escritores de fuste. Asombra a cada paso la cantidad de citas con que abón¹a las afirmaciones y con que dio a esta y a todas sus obras crédito irrefragable. Siempre fue Amunátegui el abogado decidido del buen uso contra el veto académico. ¡Qué interesante sería una lista de todos los vocablos o expresiones que a su talentosa defensa, deb²en el haber sido legalmente reconocidos por el supremo tribunal!

Pero ya, señores académicos, he abusado de vuestra complaciente y honrosa atención, para que me detenga aún en ponderar otras producciones de Amunátegui, como sus elocuentes piezas oratorias, su atractiva historia de la Academia Chilena, la *Gramática castellana* de Bello, preparada por este para los cursos [primarios y publicada por don Miguel Luis, después de haberla descubierto entre papeles amarillentos y apolillados y descifrado su letra, poco menos que endiablada en espesa maraña de correcciones, a costa de la escasísima visión que le quedaba, y su último libro *La Real Academia y sus relaciones con sus hijas de América* (1943), que a los ochenta y un años de edad, ya enteramente ciego, pero pletórico todavía de luces del espíritu, dictó a la acuciosa secretaria, su digna y cultísima esposa doña Josefina Johnson.

Antes de terminar, ruego a los señores académicos quieran acompañarme dando a esta sencilla información signi-

ficado de homenaje admirativo al Maestro eminente, que, con la consagración de toda su larga existencia al estudio, exaltación, defensa y enriquecimiento del opulento idioma común de veintiún pueblos, ha contribuido eficazmente, como el que más, a robustecer los sagrados vínculos de fraternidad hispanoamericana.

RODOLFO M. RAGUCCI, S. D. B.

Noviembre de 1949.

NEOLOGISMOS DE MIS LECTURAS

(Continuación)

11

Altos. Es la acepción 24 de *alto* (art. 1º) en el *Dic.*; pero este restringe su órbita a Chile, Méjico y Perú. Las citas muestran que se emplea también en la Argentina. Toro y Gisbert y Oroz lo registran como americanismo, y no señalan limitación alguna Casares, Toro y Gómez, Ochoa, Santamaría, Vastus, etc. González de la Rosa y Ercilla lo califican de americanismo, pero limitan su significado a « piso alto y único de las casas ». Los demás entienden, en general, como la Acad., « el piso o los pisos altos de una casa, en contraposición a la planta baja ».

« Un antiguo caserón de **altos**, en la primera esquina de la carrera de San Jerónimo... » (RICARDO ROJAS, *Retablo español*, EdtL, 1938, p. 25).

« ...en los **altos** vivía un italiano almacenero... » (M. GÁLVEZ, *El mal metafísico*, EdtECA, 1943, p. 21).

Altruista, sin tilde. La Academia escribe *altruista* y *altruismo*, para indicar que no hay diptongo, y debe pronunciarse *al-tru-is-ta* y *al-tru-is-mo*. Pero, de acuerdo con lo que enseña la misma Acad. (*Gramát.*, n° 551, 3º), lo que aquí correspondería para la pronunciación correcta, más que la

tilde, sería la diéresis o crema en la primera vocal: *altruís-ta*; si nó, a despecho de la tilde, casi todos pronunciarán en tres sílabas: *al-truís-ta*, *al-truís-mo*. Lo mismo digase para los verbos en *uir*.

Sin tilde veo también escrita esta voz en Garzón, Salvá y Toro y Gómez.

«...servía de base a la reunión realizada en beneficio de la **altruista** institución porteña.» (*‘El Mercurio’*, SgoCh, 10/III/949, p. 7).

«Este hombre... no asentaba su fuerte personalidad sobre el razonable egoísmo, necesario para preservar la propia actividad **altruista**...» (RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, EdTECA, 1939, p. 441).

Estos pasajes los transcribo del *DicAr.* de T. Garzón (art. *altruista*, p. 20):

«...era [el Dr. Berg] **altruista**, comunicativo...» (JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Disc. necrológico*).

«Es una vida... alimentada por ideales puros y **altruistas**.» (ERNESTO A. BAVIO, *Alejandro Carbó*, ‘La actividad humana’, Paraná, IX/901, p. 65).

«...invocando sentimientos hidalgos y **altruistas**, tienen acosadas a las sociedades contemporáneas.» (PATER, *Mentiras*, LNac, 16/VI/906).

«**Altruista** de corazón, derramó a manos llenas sus beneficios...» (*‘La Verdad’*, Córd., 22/VII/906).

«Inspirada en los **altruistas** preceptos del Evangelio...» (*‘Tribuna’*, B. A., 24/VIII/906).

Altura, en la frase *estar a la altura de*. Significa esta «conformarse con, corresponder, igualar, alcanzar». Es traducción literal de la frase francesa ‘être à la hauteur de’. La censura vivamente el P. Mir en su *Prontuario*, cuando se emplea en sentido figurado, como sucede en estos ejemplos:

« La Real Academia Española, procurando estar a la altura de la obligación que se ha impuesto de mirar por nuestro idioma..., acaba de publicar... » (JUAN VALERA, *Ecos Argentinos*, Madrid, 1901, p. 284).

« El moreno había estado a la altura de sus antecedentes, se dijo para felicitarlo... » (R. J. PAYRÓ, *Pago Chico*, EdtL, 1939, p. 165).

« [El último capítulo] no está, a mi parecer, a la altura de los anteriores. » (GUSTAVO GONZÁLEZ, *Revista de libros*, RJ, n° 144, 1948, p. 255).

« [El ejército] se está poniendo a la altura de su deber en defensa de las instituciones. » (*Revista Javeriana*, Bog., n° 144, p. [185]).

« ...se ha portado a la altura de sus tradicionales colores... » (GOENAGA, *El Tiempo*, Bog., 4/II/949, p. 3).

« No está, ciertamente, a la altura, ni de la advertencia que le precede, ni del estudio preliminar que le sigue. » (WILLERMO FURLONG, S. I., *Comentario bibliográfico*, 'Estudios', B. A., n° 437, pp. 153 y 154).

El P. Morales, que defiende y apoya el empleo atinado del sentido metafórico de las palabras, censura, sin embargo, con el P. Mir, por « inexactos, incoherentes e impropios » estos ejemplos :

« El orador debe estar a la altura de las circunstancias; yo no estoy a la altura de los sucesos; estamos a la altura de todo lo ocurrido. » (RAIMUNDO MORALES, *El buen decir*, t. I, SgoCh, 1925, p. 199).

Aluazir. Parece sinónimo de *visir*, que deriva del árabe 'uacir'; *al* no es más que el artículo. ¿Y no es equivalente a *alguacil*, derivado de 'aluazir', en su acepción de gobernador, funcionario, ministro de justicia?

« A Oviedo concurrieron también las infantas Urraca y Elvira, el conde mozárabe Sisnando, aluazir o visir de

Coimbra, y muchos otros... » (R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, EdtECA, 1939, p. 145).

« El Rey designó por jueces... a don Sisnando, aluazir de Coimbra, a Rodrigo Díaz... » (ÍD., *ib.*, p. 146).

Alucinado. Participio de *alucinar*. Como otros, podría llevar en el *Dic*, la sigla Ú. t. c. s., porque a menudo aparece como sustantivo.

« No fué de los menores aciertos de Cervantes... dar las mayores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado. » (M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Estudios cervantinos*, EdtDPI, 1947, p. 94).

Alucinatorio, ria. Como neologismo lo registra Segovia y lo define : « perteneciente o relativo a la alucinación ». En francés (Salvá) se lee 'hallucinatoire'. El *Dic.* da *alucinador* y *alucinante*, sinónimos, por « que alucina ».

« ...cada una de esas imágenes discordantes corresponde, según aquél, al ansia de satisfacer un deseo alucinatorio reprimido... » (J. P. ECHAGÜE, *El psicoanálisis* *, conferencia de 25/VI/947, B. A., p. 8).

« ...muchos sueños pueden tomarse como la realización alucinatoria de deseos... » (ÍD., *ib.*, p. 9).

Aludidor, ra. Der. de *aludir* con significación de participio activo : « que alude ». No está en el *Dic*.

« [En el sur encuentran] sus discípulos más belicosos y aludidores... » (LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *La literatura del Perú*, B. A., 1939, p. 23).

Alumnado. Colectivo formado de *alumno*, a la manera de *internado*, *profesorado*, *notariado*, *proletariado*, etc., para señalar « conjunto de alumnos de una escuela o colegio ».

El DicM lo reprueba. Miguel Luis Amunátegui Reyes lo considera innecesario por no decir más que el simple plural *los alumnos*; pero esto podría aplicarse a otros colectivos autorizados. Julio Casares lo califica irónicamente de « elegante novedad » (*Cosas del lenguaje*, Madr., 1943, p. 243).

El término sinónimo *discipulado*, que brinda el Dic., casi no se oye en estas tierras.

Alumnado figura ya en los vocabularios de Santamaría, Oroz, Alemany, Vastus, Díez Mateo, Tovar, R. Restrepo, etc.

« servirá de libro de regalo y de lectura para los niños no pertenecientes al **alumnado** de las Escuelas... » (JOSÉ M^o PEMÁN, *La Historia de España*, EdtEs, Cád., 1940, t. I, Advertencia preliminar).

« El decreto 18.411 no impone una religión ni una moral al **alumnado**. » (LUDOVICO GARCÍA DE LOYDI, *Discurso*, EIP, 7/VIII/946, p. 4).

« [La Intervención ha respetado la libertad] de rendir examen del **alumnado**... » (*Resolución de la FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS*, 7/XII/946).

« Y el **alumnado** — ese **alumnado** de alpargatas... — era el mismo **alumnado** que llena las casi aulas de todas las escuelas pobres... » (ROBERTO VALGUER, *Desde la cuerda floja...*, EIP, 27/XI/946, p. 16).

« ...se pretende volcar al **alumnado** a la calle... » (*Decreto del PODER EJECUTIVO de 20/VIII/945*).

« ...profesores, por los cuales contendía el **alumnado**... » (ARSENIO SEAGE, trad. del *San Basilio* por P. Allard, LESC, 946, p. 18).

« ...alcanza al 90 % sobre el **alumnado** total de los colegios... » (GUILLERMO KLIX LÓPEZ, DSD, 1947, p. 8644).

« ...en cuanto al **alumnado**, por decisión de sus padres, es de 5,6 por ciento... » (JUAN J. NORIEGA, DSD, 1947, p. 8715).

« ...asistía a esas clases durante 1944 el 91 % del **alum-**

nado... » (LÁZARO BALBINO AYERBE, DSD, 1947, p. 8753).

« Estando la gratificación en relación directa con el aporte * del **alumnado**... » (ERNESTO DANN OBREGÓN, S. I., *El estatuto del docente * incorporado*, EIP, 22/VII/947, p. 8).

« ...el **alumnado** decorará las fiestas de la zona. » (JUAN V. MONTICELLI, *Ahora le toca el turno a la Isla Grande*, EIP, 21/IV/948, p. 10).

« ¡ Cuánta expectativa despertaban esas pruebas en el ánimo del **alumnado** ! » (J. A. MERLO ROJAS, *La escuela de la verdad*, RIP, n° 978, 1°/VI/948, p. 4).

« Ustedes no se imaginan... la influencia que ejercen sobre el **alumnado**... » (LORENZO MASSA, cit. por HUGO WAST, *Su segunda patria*, EdtTh, 1948, p. 105).

« Nuestras universidades servían, a lo sumo, para marcar una orientación en el **alumnado**... » (J. D. PERÓN, *La cultura*, EIP, 16/VI/948, p. 3).

« El contacto repetido del **alumnado** con el medio rural provocará su identificación con... » (CÉSAR VALLEJO, DSD, 1948, p. 2269).

« El **alumnado** debe egresar * con la experiencia exigida por los modernos talleres... » (FÉLIX J. LICEAGA, DSD, 30/IX/948, p. 5136).

« ...renueva su **alumnado**. » (ERNESTO MORALES, *Sarmiento*, LPr, 10/I/943).

« ...elementos que entran en juego en la vida docente ; como ser * **alumnado**, programas. » (JUAN J. ARÉVALO, cit. por L. Schallman, *Coloquios*, EdtAt, 1946, p. 238).

« ...el resultado de los **alumnados** adventicios. » (RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros ochenta años*, p. 46, cit. por Íd. ib.).

« ...decidió suspender las clases del establecimiento como consecuencia de desórdenes producidos por el **alumnado**. » (Tel. de CORRIENTES, EIP, 4/VII/945, p. 10).

« ...reporta perjuicios al **alumnado**. » (Tel. de CONCORDIA, EIP, 8/III/946, p. 6).

« ...organizar al **alumnado** nuestro de manera que tome

parte activísima en la colecta pública... » (CONSEJO SUPERIOR DE EDUCACIÓN CATÓLICA, *Nota*, de 18/IV/946).

« El éxito se debió... a la cooperación entusiasta y desinteresada del profesorado y el **alumnado** en general. » (*Diario de la Marina*, Hab., 10/I/946, p. 12).

« ...se destacan por una propicia homogeneidad del **alumnado** en cuanto a preparación... » (*El Pueblo*, 23/III/946, p. 3).

« Luego el **alumnado** desfilará dejando una ^lflor al pie del busto del Maestro. » (*La Razón*, 29/III/946, p. 8).

« La provisión de textos se efectuará al **alumnado**... en forma absolutamente gratuita. » (*Proyecto de Ley*, DSS, 24/VII/946, p. 426).

« ...el ambiente general del **alumnado** es de repudio a la huelga » (SINDICATO UNIVERSITARIO NACIONALISTA, *Comunicado* de 3/XII/946).

« ...debe encararse * la formación espiritual e intelectual del **alumnado**... » (Edit. *El Pueblo*, 24/I/947, p. 1).

« La educación física escolar tiende a crear en el **alumnado** el hábito de la práctica de ejercicios... » (*Guía*, CNC, n° 2, 1947, p. 9).

« ...la Academia promoverá un doble concurso entre los escritores del país y el **alumnado** de los liceos... » (BANL. Mont., XII/946, p. 136).

« ...se consideraron peligrosas para la seguridad del **alumnado**. » (Edit. *El Bien Público*, Mont., 6/III/948, p. 3).

« El Ministro y su esposa obsequiaron al **alumnado** con golosinas. » (*Tel. de Río Cuarto*, 14/IV/948, EIP, 15 íd., p. 6).

« ...fue oficiada una solemne misa... asistiendo el **alumnado** del plantel... » (*La Prensa*, Lima, 24/VI/948, p. 10).

« Siendo los asuntos a tratar * de vital importancia para la Facultad y el **alumnado** en general, se suplica puntual asistencia. » (*La Prensa*, Lima, 24/VI/948, p. 2).

« Asuntos urgentes que interesan al **alumnado** local. » (*El Diario ilustrado*, SgoCh, 10/III/949, p. 3).

«...laudable propósito de dar al **alumnado** una mayor capacidad técnica...» ('*El Mercurio*', SgoCh, 10/III/949, p. 39).

«...sus directoras quieren formar de conformidad con aquellos excelentes propósitos su **alumnado**...» ('*El Tiempo*', Bog., 4/II/949, p. 5).

«...los sentimientos más cordiales de gratitud de los profesores y **alumnado** del Instituto de Humanidades.» ('*Humanidades*', Salta, n° 1, 1948, p. 38).

Alusividad. Der. de *alusivo*, como *exclusividad* de *exclusivo*, *actividad* de *activo*, etc. No corre.

«Su **alusividad** es la del conversador * orillero *...» (JORGE LUIS BORGES, *Evaristo Carriego*, EdtGl, 1930, p. 117).

Aluvional. Adj. der. de *aluvión*, como *nacional* de *nación*, *discrecional* de *discreción*, etc. Para el *Dic.* no hay más que *aluvial*, der. del lat. 'alluvio' o 'alluvies', como otros afines de *lluvia* o 'pluvia' en latín: *pluvial*, *diluvial*.

Alemaný consigna el neologismo *aluvional* como sinónimo de *aluvial*.

«...compañías volanderas constituidas por elementos **aluvionales**, aquí contratados...» (ENRIQUE GARCÍA VELLOSO, *Memorias de un hombre de teatro*, EdtKr, 1942, p. 142).

«El éxito de Sarrasani ante los públicos modernos **aluvionales**, se debe...» (ÍD., *ib.*, p. 148).

«[Estas razones] no pueden ser invocadas por otros países de Sudamérica menos **aluvionales**...» (FLORENCIO ESCARDÓ, *La raza y el idioma*, LRa, 25/V/946).

«Las corporaciones **aluvionales** y antidemocráticas* prescinden de todo lo que obliga a...» (Edit. '*La Nación*', 1°/I/946, p. 6).

«...una capital moderna, expuesta, por su especial situa-

ción geográfica, a las corrientes **aluvionales**... » (*Guía*, CNC, n° 3, 1947, p. 69).

« [Se investigaron] algunas manifestaciones **aluvionales** de mineral de mercurio. » (JUAN D. PERÓN, *Mensaje presidencial*, 1°/V/949, DSS, 1949, p. 29).

Alveolar. Adj. empleado en fonética para algunas consonantes ¹.

« El grupo de consonantes más frecuentes es el de las **alveolares** *s, r, l, n,...* La única **alveolar** no comprendida en las primeras categorías es la *rr* múltiple. » (TOMÁS NAVARRO TOMÁS, *Fonología española*, SyUP, NY, 1946, p. 29).

« [Las letras] por el órgano con que se articulan, son... **alveolares** : *s, r, rr, l, n,...* » (EUSEBIO HERNÁNDEZ GARCÍA, *Gramát. histór. de la lengua esp.*, Orense, Esp., 1938, p. 120).

« La *n* intervocálica es siempre **alveolar**... La *l* intervocálica y final es **alveolar**. » (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Gramát. histór. esp.*, Madr., 1925, p. 88).

« ... la [d] que comúnmente pronuncian andaluces y americanos allegando la lengua a la parte media de la encía, será **alveolar**... » (RUFINO J. CUERVO, *Castellano popular y castellano literario*, Bogotá, 1944, ps. 22 y 23).

« ¿ Y de la **alveolar** *s* qué tenéis que observar » (FRANCISCO J. CAVADA, *Filología castellana*, SgoCh, 1930, p. 77).

Alzar. Usado como intransitivo, por *alzarse*.

« [Los quebrachitos] apenas **alzaban** una cuarta del suelo » (LUIS GOROSITO HEREDIA, *Serranillas*, EdtAp. Ros., 1944, p. 29).

Allegretto. Voz italiana con que se designa uno de los movimientos musicales, menos vivo que el 'allegro'. Este

¹ Aparece ya en el *Suplemento* de la ed. 17ª del *Dic.* con esta definición: « *Gram.* Dícese de la consonante que se pronuncia acercando o aplicando la lengua a los alvéolos de los incisivos superiores ».

figura castellanizado en el *Dic.*: *alegro*. Lo mismo espera su congénere: que se lo convierta en *alegreto*. Esta forma registra el *DicM.* con corchete alentador; y la patrocinan Toro y Gisbert, Ochoa, Barcia, Alemany, Casares, etc.¹.

«... un largo... ejecutado en *allegretto*...» (RAFAEL CABRAL, *El rey de los instrumentos*, RJ, n° 138, [p. 141]).

Allisito. Dim. de *alli*; pero el incremento exige *c*: **Alli**-cito traen, por ejemplo, Garzón y Santamaría. Solá registra como regionalismos salteños las formas *allacito* (de *allá*) y *allucito*.

«**Allisito**, en aquella cuchilla, hay una pulpería de unos gringos...» (JOSÉ S. ÁLVAREZ, *Cuentos de Fray Mocho*, EdtSoA, 1940, p. 80).

Amalaya. Contracción de *¡ Ah mal haya !*, según Segovia. Significa *ojalá*. Lo han recogido Malaret (como de Amér. C., Arg., Col. y Urug.), Segovia (vulgarismo), Arrazola, Saubidet, Santamaría, Solá, Tobón Betancourt (Colomb.), etc.

De *amalaya*, se ha derivado el verbo *amalayar* (desear, anhelar, codiciar) con la variante *amalhayar*. Una u otra forma o ambas registran *DicPL*, Alemany, González de la Rosa, Malaret, Alba, Vergara, Oroz, Vastus, Rancés, Santamaría, Solá, Tobón B., etc., aunque no todos les asignan la misma área. Revollo, de Colombia, da a *amalayar* la acepción de « echar de menos ».

¹ En el *Suplemento* de la 17ª edición del *Dic.* académico (1947), aparece castellanizado el neologismo, así: **alegreto**, y con esta explicación: « (del ital. *allegretto*). adv. m. *Mús.* Con movimiento menos vivo que el *alegro*. || 2. *Mús.* Composición o parte de ella que se ha de ejecutar con este movimiento ».

« — NÓ. Si todo va a ser chacota. — ¡ Amalaya ! »
(R. GUIRALDES, *Don Seg. Sombra*, EdL, 1939, p. 129).

« ¡ Amalaya jueira [por fuera] así ! » (HUGO WAST, *Desierto de piedra*, EdTh, 1944, p. 71).

« ¡ Amalaya fuera yo del viaje ! » (Íb., *La corbata celeste*, EdTh, 1946, p. 178).

« ¡ Amalaya te envenenen / el corazón y la copa ! /
¡ Amalaya te rematen / de una puñalada sola » (LUIS GOROSITO HEREDIA, *Casi espuma, apenas aire*, B.A., 1946, p. 29).

« ¡ Amalaya volver a aquellos tiempos ! ¡ Amalaya esa edad pura y risueña ! » (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, *El cultivo del maíz en Antioquia*, cap. IV).

« ¡ Amalaya nos fuéramos juntos todos los hijos de criollo y de gringo... » (FLORENCIO SÁNCHEZ, *La gringa*).

De *Los americanismos en la copla popular* por A. Malaret transcribo los siguientes cantares en que figura la misma interjección, que el colector escribe con *h*: *amalhaya*, y aun con los elementos separados.

« **Amalhaya** fuera perro / para no saber sentir ; / el perro no siente agravios, / todo se le va en dormir » (Argentina).

« **Amalhaya** quién tuviera / un caballito de viento / para dar un galopito / donde está mi pensamiento » (Argentina).

« Poco se me hace un tamal / para aliviar mis pesares ; / **amalhaya** Dios mandara / una lluvia de tamales » (Argentina).

« **Ah, mal haya** un compañero / que conmigo fueran dos ; / nos iríamos a cantar / a las calles del Mompós » (Colombia).

« Cuando me pongo a cantar, / **ah, mal haya** una vihuela. / Cuando la tengo en la mano, / **ah, mal haya** quién supiera » (Colombia).

« **Ah, malhaya** quién pudiera / con una soga enlazar / al viento que se ha llevado / lo mejor de mi cantar » (Venezuela).

« Ah, malhaya un trotecito / que no terminara nunca, /
 Ah, malhaya quién hallara / aquello que nadie busca »
 (Venezuela).

Amalevarse. Verbo der. de *malevo* (apócope de *malévolo*).

V. malevo.

« [Los prosistas] manifestaron hondo criollismo* sin dragonear jamás de paisanos ni de compadres*, sin **amalevarse**, sin añadirse ni una pampa, ni un comité » (JORGE L. BORGES, cit. por F. Escardó en *Eduardo Wilde*, EdtLau, 1943, p. 192).

« Para Laurentino Mejías... [el tango] es afro-porteño*, inaugurado en los machacones candombes de la Concepción y de Monserrat, **amalevado** después en los peringundines*... » (JORGE L. BORGES, *Evaristo Carriego*, EdtGl, 1930, p. 67).

(Continuará.)

RODOLFO M. RAGUCCI, S. D. B.

I

LOS ÁRBOLES Y LA FAUNA GENERAL

En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas, para luego horrarse en la amplitud del ambiente, sin dejar huella.

Don Segundo Sombra, cap. VIII.

Cuando cerramos un libro como éste, sus capítulos y sus personajes comienzan a envolvernos como una columna de humo.

Queda en el lector un personaje ejemplar y un ambiente escenográfico de irregularidades líricas que llegan para morir en nuestro ámbito como olas arrastradas, perfeccionando las playas pisoteadas, haciendo tenue el recuerdo y suave la enseñanza.

Don Segundo Sombra es un gran poema. El mito y el hombre circunstanciados al terreno, a una Pampa sin ubicación localista ni planos geográficos, se ven distribuidos y arropados por la naturaleza. El cielo, la mañana, la noche, las lluvias, los animales y las plantas aportaron la impresión sensible. « Al hombre lo vemos siempre referido a ella, que explica su mansedumbre frente al destino y su altanería frente a sus semejantes, que con su quietud poblada de mur-

mullos nutre las raíces de su filosofía sentenciosa y enciende su fantasía con fuego que arde en el subsuelo íntimo del alma con la combustión lenta de las brasas que desenterramos en el rescoldo debajo de capas de ceniza, para exteriorizarse tardíamente en algún relato fabuloso y profundo». (Silverio Boj, *Ubicación de Don Segundo Sombra*, Tucumán, 1940).

Hemos de admitir el importante aporte que brinda esta novela universal, con su campo tan logrado en sencillas descripciones, con el trazo pictórico de todos sus cuadros naturales en color y ambiente, sumándole el caudal lexicográfico que esboza el habla de sus protagonistas. De ahí nace la radiografía nuestra, pequeña y breve, para mayor entusiasmo de tantos lectores inadvertidos del simbolismo mágico de sus metáforas.

Arturo Torres Rioseco destaca en *Novelistas Contemporáneos de América* (Chile, 1939), que «Güiraldes no concede gran valor a la ficción sino que confía en el encanto de la remembranza. Ulises de un país de amplios horizontes, se lanza como Proust «À la Recherche du Temps Perdu». La pampa está toda en su memoria, y en ella se sumerge. Apartes, rodeos, esquilas, langostas, lluvias, ganados, árboles, pájaros, evocados con cariño y verdad, forman su caudal lírico».

Los temas elegidos para comenzar un estudio del vocabulario y fraseología contenidos en la naturaleza viva estructurada por Ricardo Güiraldes, no son tratados por vez primera. Si bien es cierto que no tenemos una edición crítica en circulación como sucede con *Martín Fierro* (básteme recordar el estudio, notas y vocabulario de Eleuterio F. Tiscornia, o de Santiago Lugones), o los *Poetas Gauchescos*, ensayos deter-

minados tratan de cooperar para una mayor comprensión literaria, así el trabajo de Augusto Raúl Cortazar, *Valoración de la Naturaleza en el Habla del Gaucho*. (A través de Don Segundo Sombra), t. II, n° 5, Instituto de Lit. Argentina (Buenos Aires, 1941), donde estudia las dimensiones del paisaje, con la plasticidad materializada en la contemplación de ese mundo vegetal y animal.

José R. Liberal desde las planas clásicas de Francisco A. Colombo, lanza en 1946 un libro comentando y anotando a *Don Segundo Sombra*, lo ilustra Osvaldo Gasparini, que fué peón y resero con nuestro personaje. Allí quedan incluidos solamente: *cimarrón, charabón, mangangá, puma y peludo*.

En una magnífica edición de Pleamar, con hermosos recursos fotográficos, Pablo Rojas Paz detalla el *Caudal Lexicográfico de R. Güiraldes* (Buenos Aires, 1943, colección El ceibo y la encina), poniendo a todo lector en una guía introductorja que no dejaba escapar la realidad tangible y mostraba la imagen comparativa desglosada evaporándose de ella. Vemos registrados para nuestro caso y en sintéticas definiciones, *bagre, batitú, mangangá, patí, pecarí, queresa, tararira, tatú y yagud*.

Un largo artículo sobre *La fauna en «Don Segundo Sombra»*, publicó *La Nación*, donde Jorge W. Ábalos anota y cita los fragmentos que mencionan la fauna radicada en la provincia de Buenos Aires. (Véase diario citado, 29 de junio de 1947).

Los estudios sobre esta obra que realizó Hebert B. Smith, han adelantado ese plano de uniformidad llanera donde podemos situar, pasaje o escena, la vida y su escenografía campera, para detenernos en los árboles o montes, enume-

rados únicamente por el narrador y Don Segundo, sin expresiones en otros personajes. Catorce nombres arbóreos se incluyen, generalizándolos luego con *árbol*, *arboleda*, *monte* y *selva*, caso único que no corresponde a las visiones directas del héroe. (Conf. en revista *Aberdeen Angus*, Buenos Aires, n° 35, invierno 1947; véase del mismo autor, *D. Segundo Sombra, su influencia en la argentinidad*, 1946 (conferencia)). En una edición española publicada en Madrid (M. Aguilar, editor, 1948), se incluye un *Índice de voces y giros argentinos*, preparado por Amando Lázaro Ros. Si bien es cierto que el mismo contiene lamentables errores, tales como *cáronas*, *guasca*, *señuelo*, *verijas*, etc., que necesitarían las aclaraciones de un largo artículo, su aporte es más detallado refiriéndose a la flora y fauna. Encontramos: *bagre*, *batitú*, *cimarrón*, *chajá*, *charabón*, *chimango*, *mamboretá*, *mangangá*, *ñandú*, *ñandubay*, *pecarí*, *peludo*, *tararira*, *tatú*, *tero*, *yagud* y *yarará*.

Hemos indicado la numeración capitular para que pueda comprobarse con cualquiera de las ediciones aparecidas.

(La primera y segunda edición de *Don Segundo Sombra* (relato), se editaron en San Antonio de Areco, establecimiento gráfico Colón; el pie editorial, Buenos Aires, Editorial Proa, 1926).

Hemos omitido deliberadamente todos los detalles sobre pelajes en el ganado, sobre gallináceas, o referencia indirecta sobre animales incluídas en giros idiomáticos.

Dos caballos en el relato tienen nombres especiales, *Comadreja* (es voz castellana) y *Vinchuca*. La *comadreja* (*Didelphys* sp.), micuré, en guaraní, mamífero marsupial, que vive sobre los árboles, de olor nauseabundo, puede ser *picaza* o bien *colorada*; similar al zorrillo, animal sangui-

nario, nocturno, que causa destrozos entre las aves, cuya sangre succiona. La *vinchuca* es un insecto volador de alas negras, hediondo y de picadura irritante que abunda en nuestro campo, ataca cuando duerme su presa y se cría entre las junturas de los ranchos de adobe y en sus paredes.

ÁLAMO. — Árbol salicíneo. « A un lado (el puesto, según párrafo anterior) tenía un *átamo*, más pelado que paja de escoba, al otro tres palos blancos en forma de palenque ». (Cap. XV).

ARAÑA. — « De cada cueva salía una de esas repugnantes *arañas* duras, pero más grandes, más redondas que las del cañadón. El suelo se fué cubriendo de ellas. Y caminaban despacio, sin fijarse unas en otras, dadas vueltas todas hacia la bola de fuego que se iba escondiendo. Y se quedaron inmóviles, con las manitos plegadas sobre el pecho, rojas como si estuvieran teñidas en sangre ». (Cap. XVII).

ÁRBOL. — « Entre el tendón y el hueso del garrón, abrió un ojal en el que pasó la presilla de cabestro y, arrimándose a un *árbol*, tiró por sobre una rama la punta opuesta, de la cual me colgué con él hasta que quedara suspendida la res ». (Cap. VIII).

« ... algo así como cambiar el destino de una nube por el de un *árbol*, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra ». (Cap. XXVI).

« Alrededor del palacio había un parque, lleno de *árboles* con frutas tan grandotas y lucientes, que podía verlas clarito ». (Cap. XII).

« ... y subió a los *árboles*, donde comenzó a tragar sin descanso... ». (Cap. XXI).

ARBOLEDA. — « Al linde de la *arboleda* descansé mi andar, asentando las alpargatas sobre la lisa dureza de una huella... ». (Cap. V).

« La sombra de la *arboleda* nos refrescó deliciosamente ». (Cap. VIII).

« La *arboleda* tierna asomaba apenas unas varas del suelo y las casas blanqueadas, frescas, parecían grandes con su mirador pretencioso y sus caminos y canteros... ». (Cap. XXII).

« A lo lejos divisamos la pequeña *arboleda* del puesto ». (Cap. XVII).

« Y como ya se había hecho noche y el susto crece con la oscuridá, lo mesmo que las *arboledas*... ». (Cap. XII).

ARBOLEDA MACUCA. — Macuca, f. (Género de umbelíferas. Arbusto de la familia de las rosáceas, de fruta pequeña e insípida. *Pequeño Larousse*, p. 578):

« ... y ya dentró en una *arboleda macuca*, que no dejaba pasar ni un rayito de la noche estrellada ». (Cap. XII).

AVESTRUZ. — La voz española *avestruz* es empleada únicamente en este ejemplo. Se utiliza en los otros casos la voz guaraní *ñandú*, como se verá más adelante.

« Los brazos se me cayeron como alones de *avestruz cansado* ». (Cap. XVIII).

BAGRE. — Género de peces Silúridos (*Pimelodinae*). Abunda en nuestros ríos, su color es pardo, sin escamas, de cabeza grande aplastada, armado su lomo y aletas de espinas aserradas, agudas; vive sobre las costas y en el fango; su carne es amarillenta y tiene pocas espinas.

« Aquel día, como de costumbre, había yo venido a

esconderme bajo la sombra fresca de la piedra, a fin de pescar algunos *bagresitos*, que luego cambiaría al pulpero... ». (Cap. I).

« Junto a mí, tomé mi sarta de *bagresitos* « duros pa morir », que aun coleaban en la desesperación de su asfixia lenta, y envolviendo el hilo de mi aparejo en la caña... ». (Cap. I).

« ... y me pagues enseguidita como yo te pagaba los *bagres* ». (Cap. XXVI).

BAGRE (*Barroso* o *Negro*). — El bagre negro (*Rhamdia sapo*); el adj. « barroso, sa » tiene aplicación al animal color ceniza, y es utilizado en labios del « tape » Burgos, comparando agresivamente a Don Segundo, « un *barroso* grandote... ¡ahá! aunque tenga barba y ande en dos patas como los cristianos... ».

« Si yo fuera pescador como vos, me gustaría sacar un *bagre barroso* bien grandote.

Una risa estúpida y falsa subrayó su decir, mientras de reojo miraba a Don Segundo.

— Parecen malos; — agregó — porque colean y hacen mucha bulla; pero ¡qué malos han de ser si no son más que *negros!* ». (Cap. II).

BALLENA. — (lat. *balaena*). Mamífero marino del orden de los cetáceos.

« El palenque, con sus postes blancos, llamó más mi atención de cerca, mientras desarrugaba a manotones el chiripá y aflojaba las coyunturas.

Don Segundo me dijo riendo:

— Son espinas de un pescao del que entuavía no has comido.

— Hace más de cincuenta años— explicó Don Sixto— que la *ballena*, tal vez extraviada, vino a morir en estas costas. El patrón se hizo llevar el güeserío a las casas, « pa adorno » decía él. Aquí ha quedado este palenquito ». (Cap. XV).

BANDURRIA. — (*Ibis* rojo de América). Ave zancuda, acuática, de color ceniciento el lomo, pecho, pescuezo y cabeza pardos, patas rojas, pico largo curvo, la cola y los muslos, así como una especie de barbita de color negro. Suelen encontrarse en cantidad o sueltas en parejas, caminan despaciosamente, son ariscas y emprenden rápido vuelo.

Es citada en el Cap. XV : « Atrás de los junquillales, vimos azulear una chapa de agua como de tres cuadras. Volaron *bandurrias*, teros reales y chajás. Parecían tener miedo y quedaron vichándonos desde el otro lado del charco ».

BATITÚ. — Según Tobías Garzón: *Batitú*, Arg. Ave del orden de las zancudas, de cuerpo chico, alas largas y puntiagudas, y de color pardo más claro que el de la becasina, a la cual se parece, y cuya carne es muy exquisita. Frecuenta los bañados, ríos y lagunas. En la ciencia es conocida con el nombre de *bartramia longicauda* (Bech) Dgl. et Gerbe (*Diccionario Argentino*, p. 54).

« Lo mandé a que fuera a la cocina, para aprender cómo se despluman *batituces* ». (Cap. XIX).

BICHO-FEO. — Dicese al ave americana, *benteveo* (*Pitangus sulphuratus bolivianus* de Lafresnaye). Tiene una altura de diez a quince centímetros, lomo pardo, cola y pecho amarillentos, una franja blanca en la cabeza, coronada

por un casquete negro, pico corto. Sumamente bullicioso al atardecer, construye su nido de gran tamaño y se le ve en las ramas altas.

« Y un día por probarnos, jugando, me dejaste de recuerdo este pajarito que me canta todas las mañanas: ; *bicho-feo!* ; *bicho-feo!* ». (Cap. XIV).

CABECITAS NEGRAS. — Verderón argentino. Pájaro del tamaño del gorrión, con cabeza negra y el resto del plumaje amarillo, verde o negro. Suele volar a poca altura y en bandadas.

« ...un cazalito de *cabecitas negras* que venía a beber en el surco de agua, nacido seguramente de las baldadas... ». (Cap. XXII).

CABURÉ. — Arg. (*Strigiforme*, especie *Glaucidium nanum*). Ave de unos veinte centímetros de altura. La creencia popular atribuye suerte en el amor al poseedor de su plumaje. Güiraldes así lo emplea.

« Y ya me queda muy poco por decirte. En esa isla tenés que matar un *caburé*, que pa eso te he dao el arco y las flechas. Y al *caburé* le sacah'el corazón y lo echah'adentro del frasco de agua, que es bendita, y también le arrancah'al bicho tres plumas de la cola pa hacer un manojo que te colgah'en el pescuezo ». (Cap. XII).

« ...porque el corazón del *caburé* tiene el peso de todas las maldades del mundo ». (Cap. XII).

Dentro del capítulo citado, repetidas veces.

CANGREJO. — Crustáceos (*Chasmagnathus granulatus*) que habitan en los temidos « cangrejales », terrenos bajos, peligrosos, donde quedan apresados animales y son devorados por éstos.

« El barro negro que rodeaba el agua, parecía como picado de viruelas. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos *cangrejos* paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía sufrir como animal embichado ». (Cap. XV).

« Se bajó del caballo, a orillas de un cañadón de bordes barrocos y negros, acribillados como a balazos por agujeros de diversos tamaños. De diversos tamaños, también, eran unos *cangrejos* chatos y patones que se paseaban ladeados, en una actitud compadrona y cómica. Esperó que, cerca, un bicho de esos saliera de la cueva y hábilmente, le partió la cáscara con un golpe del cuchillo. Pataleando todavía, lo tiró a unos pasos sobre el barro. Cien corridas de perfil, rápidas como sombras, convergieron a aquel lugar. Se hizo un remolino de redondelitos negruzgos, de pinzas alzadas. Todos, ridículamente, zapateaban un malambo con seis patas, sobre los restos del compañero ». (Cap. XVII).

CARANCHO. — Arg. Conocida ave de rapiña, de color pardo oscuro, con manchas blancas en las alas y patas, pico y uñas corvos, de unos cincuenta centímetros de alto; se alimenta como el chimango de animales muertos, agrupándose sobre la osamenta en cantidad. Su nombre científico es *Polyborus plancus*, *Strix cunicularia* de Burmeister.

Al hacer la descripción de su tía Mercedes en el capítulo III, dice: « ...flaca, angulosa, cuya nariz en pico de *carancho* asomaba brutaemente entre los ojos hundidos... ».

« ... Se oyeron, lejos, unos balidos. Una nube de gaviotas, chimangos y *caranchos*, giraba como trompo de aire, sobre alguna osamenta, allá, para el lado de los cangrejales ». (Cap. XV).

« ... Clareó más y comenzaron a vivir los animales de la pampa. Pasamos cerquita de una osamenta hedionda, que unos treinta *caranchos* aprovechaban, porfiando ganársela a la completa podredumbre ». (Cap. XVI).

« Mientras entre tres lo enlazaban y alejaban al bicho bravo, caímos como *caranchos* sobre la víctima, que el dueño tuvo que degollar, y yo por las botas, otros por las lonjas, hicimos negocio dejándolo pelado al finadito en un santiamen ». (Cap. XXIV).

« hubiera desiao más bien que los *caranchos* me hicieran picadillo las carnes ». (Cap. XXV).

CARPINTERO. — (*Colaptes campeströides* de Malherbe). Mide aproximadamente de veinte a veinticinco centímetros de largo este pájaro, que trabaja con su fuerte pico de tres filos las cortezas de los árboles, donde se afirma mediante sus uñas curvas y fuertes, ayudándose también con las plumas de la cola. Taladra y golpea rápidamente produciendo gran alboroto. Güiraldes lo cita de paso y para dicho ejemplo.

« Al día siguiente lo despertó el griterío de los loros y la bulla de los *carpinteros* ». (Cap. XII).

CASUARINA. — Arg. Árbol de adorno de notable y rápido desarrollo.

« Miraba el galpón grande, la huellita que de él arrancaba hasta el pozo, los corrales un poco retirados, las cabeceadas que daban al viento unas *casuarinas* nue-

vas que señalaban el principio del monte... ». (Cap. XXII).

CIMARRONES. — Se refiere a los animales cimarrones, montaraces, salvajes. Con este sentido figura en el primer caso: « Antes me zamparía en un remanso o me haría estropear por los *cimarrones*, que aceptar aquel destino ». (Cap. V).

Cimarrones, por *mate amargo*, figura en el capítulo XVI.

CINACINA. — Arg. *Parkinsonia aculeata*, arbusto o árbol pequeño de hoja menuda y estrecha, da una flor amarillenta y es muy espinoso. Se le utiliza para cercos y así lo expone cuando relata al comienzo del segundo capítulo: « Sin pensamientos seguí la pequeña huella que, vecina a los cercos de *cinanina*, espinillo o tuna, iba buscando las lomititas como las liebres para correr por lo parejo ».

COTORRA. — La *Myiopsitta monacha* de Boddaert.

« El patrón inició la pieza con una chinita de verde, que luego de dar dos vueltas, envañecida, fué sentada en la silla, donde quedó en postura de retrato.

— ¡Qué *colorra* pa mi jaula! — decía Pedro... ». (Cap. XI).

CHAJÁ. — (*Chauna torquata*; *Palamedea chavaria* de Burmeister).

Voz guaraní. Arg. Ave zancuda de color pizarra, pecho y vientre grisáceo, espolones en las alas, collar claro y una franja negra debajo del mismo en el cuello, miembros rosados, penacho en la cabeza; su tamaño es

similar a los pavos comunes. Su andar es majestuoso y el graznido de alerta lo distingue en forma especial. El libro destaca su condición de centinela.

« Los *chajás* delataban nuestra presencia a intervalos perezosos ». (Cap. VIII).

Véase *bandurria*, citado anteriormente.

Puede leerse la notación musical de su grito en *Voces y giros de la Pampa Argentina*, por Eduardo Acevedo Díaz (h.), *BAAL*, XIV, 1945.

CHARABÓN. — Avestruz que está emplumando. Cuando es polluelo se le llama *charito*, después *charo* y luego, *charabón*.

« ...ya no quedaba sino una humadera y un tropel de mujercitas del grandor de un *charabón* de quince días que venía corriendo en su dirección ». (Cap. XII).

Véase más adelante, *ñandú*.

CHIMANGO. — (*Milvago pezoporus* de Burmeister).

Ave de rapiña, carnícera, color acanelado y blancozco, con unos cuarenta centímetros de altura, semejante al carancho (citado anteriormente), pero más reducido.

Véase en *carancho* la primer notación y *gaviota*.

Queda citado en los capítulos XV y XVII.

CHINGOLO. — Su nombre científico es *Zonotrichia capensis hypoleuca*. Pájaro de color pardo rojizo, patas delgadas y largas, con una franja clara en la cabeza y un copete el macho. Se distingue por la dulzura agradable de su canto.

« ...me eché envuelto en mi poncho sobre la lona desnuda y áspera, sin cuidarme de mimos. Un rato

pensé en mi escapada, evoqué la casa de mis tías, sus figuras, mis rezos. El sueño cayó sobre mí, como una parva sobre un *chingolo* ». (Cap. III).

DORADO. — Pez acantopterigio. Utilizado como imagen comparativa.

« Valerio, de cuerpo pequeño y ágil, seguía a maravilla los lazos de una « bellaqueada » sabia en vueltas, sentadas, abalanzos y cimbrones. Su poncho acompañaba el hermoso enojo del bruto, que en cada corcovolucía la esbeltez de un salto de *dorado*. (Cap. VII).

DURAZNO. — No alude aquí al duraznero, sino al fruto.

« En el jardín halló unos *duraznos* como sandías y desgajó uno pa comerlo ». (Cap. XII).

Y en el primer capítulo guarda algo luminoso del paseo brindado por Don Fabio Cáceres de quien recuerda: « ...me mostró el gallinero, me dió una torta, me regaló un *durazno* y me sacó por el campo... ».

ESCUERZO. — (*Ceratophrys ornata*). Batracio, anuro de color verde luminoso, de figura similar al sapo, piel arrugada, regular tamaño y se hincha cuando se irrita. Se le profesa un temor injustificado. Así hace la comparación Güiraldes al comenzar su libro.

« Hinchando la voz y el cuerpo como un *escuerzo*... ». (Cap. I).

EUCALIPTUS. — Árbol de la familia de las mirtáceas, que aparece ubicado solamente en el siguiente párrafo :

« Salí por un grupo de *eucaliptus*, pisando en falso sobre los gajos caídos de algunas ramas secas y enre-

dándome a veces en un cascarón, por ir mirando para atrás ». (Cap. V).

ESPINILLO. — (*Acacia cavenia*, leguminosa). Árbol pequeño de la familia del acacio, que da una flor, fragante (la aroma) y su leña se utiliza como combustible. Es llamado vulgarmente « aroma criollo ».

Véase la referencia citada, *cinacina*.

FLAMENCO. — Ave palmípeda zancuda, color rosado en alas y patas, pecho blanco, mide aproximadamente un metro de largo, posee un pico encorvado y vive en las lagunas, donde se ven en grupos. Su nombre científico es *Phoenicopterus ruber chilensis*.

« Cerquita, como de aquí al jogón, de la flor que estaba contemplando, se había asentao un *flamenco* grande como ñandú y colorao como sangre'e toro. Este flamenco quedó aleteando delante'e la muchacha, que buscaba abrigo en sus ropas, y de pronto dijo unas palabras en guaraní ». (Cap. XII).

« — Dentro de un rato — dijo — va a venir el *flamenco* pa librarse del encanto, que dura siete días y yo haré lo que deba de hacer.

Ni bien concluyó estas palabras, cuando oyó el ruido de un vuelo y vido caer a orillas de la fuente al *flamenco*, grande como un ñandú y colorao como sangre'e toro.

A gatas aguantó las ganas que tenía de echársele encima, ahí no más, y se agazapó más bajo en su escondrijo.

Para esto el pajarraco, parao en una pata a la orillita mesma del agua, miraba pa'lao que iba a salir el sol y quedó como dormido ». (Cap. XII).

•GATO PAJERO. — De la especie *Lynchailurus pajeros*. Sin duda, Güiraldes hace referencia al gato de pajonal o gato de las pajas, muy similar al doméstico.

« Antes de aclarar salimos. Me habían dado por compañeros dos mocetones de unos veinte años. Uno alto, aindiado, lampiño. El otro rubio y flaco, con ojos sesgados de *gato pajero* ». (Cap. XVI).

•GAVIOTA. — Ave palmípeda de color blanco ceniciento muy voladora y que se encuentra corrientemente en el campo.

« Quedaban también los cadáveres de siete enfermos cuereados, carnes secas apenas capaces de disimular el hueso, pobres cosas rojizas, lamentablemente estiradas a breve distancia del redondel, sobre las que se asentaban peleando *gaviotas* y chimangos. Y había sobre nosotros miles de estos pájaros, entreverando sus revuelos como humareda sobre el fuego, largándose de tiempo en tiempo contra las miserables reses, para arrancarles pedazos de carne sufrida, por la que después se atacaban haciendo gambetas y trenzas en el aire ». (Cap. XVII).

En otra parte del libro dice: « Don Segundo pensó un rato, como si de pronto le hubieran propuesto hacer encastar mulas con *gaviotas* ». (Cap. XIV).

•GOLONDRINA. — Género de pájaros fisirtrostros, de cola ahorquillada y de alas largas. Se menciona de paso en el capítulo VII: « A la derecha estaba el despacho, pieza abierta amueblada con un par de bancos largos, en los que nos sentamos como *golondrinas* en un alambre ».

GRILLO. — (*Gryllus assimilis*). Insecto ortóptero saltador que produce con sus élitros un monótono y agudo sonido. Abunda en todo el país.

« Todo era quietud, salvo el leve cantar de los cencerros y los extraños balidos de la hacienda. En la cañada croaron las ranas, quebrando el uniforme siseo de los *grillos* ». (Cap. VIII).

GUAYQUERO. — Guayquero, guayquerino. Palabra antigua. Se llama así a un insecto, mangangá negro o avispa, zumbador o agresivo que pica. (Nota de José Antonio Güiraldes).

« — Se ha hecho chúcaro como *guayquero*... » (Cap. XIX).

HALCÓN. — Conocida ave del género rapaz, carnívora de fuerte pico y garras curvas. Lo utiliza como indicio de temor en un breve párrafo: « A todo esto, la tormenta había pasado como un vuelo de *halcón* sobre un gallinero ». (Cap. XXIV).

HORMIGAS VOLADORAS. — Insectos himenópteros. Aparecen metafóricamente en el capítulo XVI al decir: « El campamento que anoche parecía numeroso, desapareció en la noche y la pampa, disolviéndose en direcciones distintas, como un puñado de *hormigas voladoras* en el aire ».

ISOCA. — Parásito que ataca las plantas. Las isocas que atacan al lino son *Rachiplusia nu*, *Neleucania albilinea* y *Thyreion gelotopoeon*.

« Esa *isoca* no me haría daño porque ya estaba en parva mi lino ». (Cap. V).

JILGUERO. — (*Sicalis flaveola pelzelni*). Avescita de plumaje pardo, con collar blanco y mancha roja en la cara.

« Además, allí, en un puesto medio perdido en los

juncuales de un bajo, había conocido una mocita con más coqueterías que un *jilguero*. No sería mal arrimar un poquito de leña a ese fuego ». (Cap. X).

Otra referencia femenina comparativa la encontramos en el capítulo XVIII: « ...Por mi parte no la perdía de vista ni un momento. ¡Qué chinita más linda y armadita! Era de un altor regular, tenía una cara desfachada y alegre como un canto de *jilguero* y cada movimiento del cuerpo, me insultaba como un relámpago los ojos ».

LECHUZA. — *Speotyto cunicularia*, ave rapaz, que suele vigilar y revolotea alrededor de sus cuevas hechas en la tierra.

« Los teros chillaban a nuestro paso y las *lechuzas* empezaron a jugar a las escondidas, llamándose con gargantas de terciopelo ». (Cap. VIII).

« ...Cuando uno las sorprendía en la puerta, como *lechuzas* en la boca de la cueva, se llevaban por delante afanadas por disparar, o contestaban el saludo con una mueca de susto »..(Cap. XIX). Y otro fragmento dice: « ...que las mismas *lechuzas* apagaban los ojos de miedo e quedar bizcas ». (Cap. XII).

LIEBRE. — Mamífero que vive en las lomadas y pajonales, posee gran rapidez y sus bruscas gambetas le permiten ponerse a cubierto cuando ve un peligro. Así dice: « ... iba buscando las lomitas como las *liebres* para correr por lo parejo ». (Cap. II).

LORO BARRANQUERO. — *Cyanoliseus patagonus* de Vieillot. Es la única especie que habita en la provincia de Buenos Aires, y Güiraldes lo cita comparativamente en un

solo ejemplo: « — ¡ Oh ! — aseguró Don Segundo — si es por pico, no hay cuidado. Antes de callarse, más bien se le va hinchar la trompa. Es de la misma ley que los *loros barranqueros* ». (Cap. VIII).

MAMBORETÁ. — Flia. *Mantidae*, el más conocido es el *Mantis argentina*. « Insecto de color vario, según su distribución geográfica — ya de color paja verdoso, 'ya ceniciento — cuerpo largo y muy delgado, así como las patas, de ojos saltados y boca grande, muy inquieto y vivaz », dice T. Garzón (obra citada, p. 115, V. comepiojo).

« — ¡ Cruz diablo ! — dijo un viejito que estaba acurrucado contra las brasas, santiguándose con brazos tiernós de *mamboretá* ». (Cap. XII).

MANGANGÁ. — *Xilocopa splendidula* es su nombre técnico y pertenece a la familia *Apidae*. Este aberrojo produce picaduras dolorosas, gran hinchazón y fiebre. Hace nido en las cumbres, cañas y palos de los ranchos y ramadas. Cría una miel pastosa y consistente.

Este himenóptero hace un monótono zumbido. Es voz guaraní.

« Bajé los pies del catre, me levanté con esfuerzo sobre las piernas blandas como queso, ajusté mi faja, me rasqué los ojos cuyos párpados sentía más pesados que si los hubieran picado los *mangangás*, y me encaminé arrastrando las alpargatas hacia la cocina ». (Cap. IV).

MINEROS. — Posiblemente el autor se refiere al coleóptero, *Diloboderus abderus*, conocido con el nombre de « torito » y que posee un pequeño cuerno en la frente.

« Vistlumbraba los detalles del aposento : las desparejas paredes de barro, el techo de paja, quebrada en partes, el piso de tierra lleno de jorobas y pozos, os rincones en que negreaba una que otra cuevita de *minero* ». (Cap. XV).

MONTE. — Referencias a través de la obra. Véase *Naranjos*.

«... A cierta altura un callejón arrancaba hacia al Norte y por él debía seguir hasta el *monte* que de lejos ya conocía ». (Cap. III).

« La chacra estaba a unas quince cuadras atrás del *monte*, y me fui a pie para disimular mi partida al patrón... ». (Cap. V).

« La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua y, como cediendo a mi angustioso deseo, un rayo de sol cayó sobre el campo, corrió quebrándose en los *montes*, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas ». (Cap. IX).

« Saliendo de las barrancas, vi tendido delante mío un vasto potrero y a lo lejos divisé el *monte* ». (Cap. X).

« La estancia era grande y bien poblada. Diez leguas, ocho puestos, *monte* grande, con calles cuidadas, galpones, casa lujosa y un jardín de flores como nunca antes vi ». (Cap. X).

« Entré a una calle del *monte* ». (Cap. X).

« Llegué a un recuerdo, como a un abra en el *monte*... ». (Cap. XVIII).

MORERAS. — Moreas, familia de plantas dicotiledóneas. (Maclura mora, urbicácea). Árbol alto y grueso.

«...o vendrían a las casas principales a jugar una

partida de bochas, en la cancha que había bajo un despejado plántio de *moreras* ». (Cap. IV).

MOSCAS. — Género de insectos dípteros, de la familia de los múscidos. Véase *queresas*.

« Le echaron encima una cobija vieja, para que no lo aquerezaran las *moscas* ». (Cap. XIII).

« Como *moscas*, nos les prendimos, sin darles cuartel ». (Cap. XXIV).

Mosca, aparece también en Cap. XII y XIII.

MOSQUITOS. — Conocido insecto díptero. Está citado de paso y en los presentes ejemplos :

« Le rogé a Paula que espantara a ese *mosquito*... ». (Cap. XIX).

« Habíamos pasado una noche de pesadez tremenda, defendiéndonos de los *mosquitos*, con un fueguito de biznaga por demás pobre ». (Cap. XIV).

MOJARRAS. — Citadas de paso. « Y también tenía mis *mojarras* en la cabeza, que a veces coleaban haciéndome sonar la orillita del alma ». (Cap. XXIV).

NARANJOS. — Árbol de la familia de las auranciáceas.

« A unas dos cuabras antes de llegar, lo agarró la noche, y él se echó a dormir bajo lo más tupido de un monte de *naranjos* ». (Cap. XII).

NOGAL. — Árbol de gran tamaño de la familia de las juglándeadas. En el capítulo XXI se repiten las citaciones de « nogal » y « nueces ». « Quiero que el que suba a mis *nogales*, no se pueda bajar dellos sin mi permiso ». « Pueden pasar al patio y bajar unas *nueces* ».

ÑANDÚ. — *Rhea americana* de Burmeister; *Struthio americanus* de Linneo. Hudson dice que el ñandú « es el más grande y menos pájaro de los pájaros americanos ».

« Concluído el almuerzo, el cocinero me dijo que quedara a ayudarlo y fueron saliendo todos, hasta dejar vacío el gran aposento cuyo significado parecía resumirse en el fogón, bajo cuya campana tomó lugar la olla, rodeada de pavas como un ñandú por sus charabones ». (Cap. IV). Véase anteriormente, *charabones*.

ÑANDUBAY. — El *Prosopis nandubai* de Lorentz et Grisebach es mencionado ejemplificando su dureza y resistencia extraordinaria, así dice :

« En sus rostros indiferentes el agua resbalaba como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo ». (Cap. IX).

OMBÚ. — Característico árbol citado por Güiraldes una sola vez. Su nombre científico es *Phytolacca dioica*.

« A la sombra de un ombú, al lado del gran galpón del local, se asaba la carne para los peones y el pobre-río ». (Cap. XIV).

PALOMA. — Otra cita única y burlescamente comparativa. En el capítulo XXIII, dice : « — Había sido come carne'e paloma ».

PARAÍSO. — *Melia Azedarach*, de la familia de las meliáceas. Árbol ornamental de pequeñas flores violáceas. No es atacado por la langosta porquè sus partes son amargas.

« ... y los cercos de paraísos, como los tapiales, no tenían para mí secretos ». (Cap. II).

« A la oración, el señor me mandó llamar para que

le cebara unos mates, bajo la sombra ya oscura de un patio de *paraísos* ». (Cap. IV).

« Frente al despacho (hace descripción de la pulpería) había un par de columnas de material, sujetando una enramada que unía el abrigo de la casa al de un patio de *paraísos* nudosos ». (Cap. VII).

« Estábamos en la estancia de Galván, bajo los *paraísos* del patio... ». (Cap. XVIII).

En el mismo capítulo hace referencia nuevamente :

« Por detrás de las casas crucé la sombra de los *paraísos*... ».

« ...pero por qué entonces esa baquía para encontrarme abajo de los *paraísos*, al caer la tardecita... ». (Cap. XIX).

« Un chico apareció, diciéndome que el patrón me esperaba en el patio de los *paraísos* ». (Cap. XXVI).

« Del día ya no quedaba más que una barra de nubes iluminadas en el horizonte, cuando, por una lomada, enfrentamos los *paraísos* viejos de una tapera ». (Cap. XXI).

PATO. — Ave acuática palmípeda lamelirrostra ; existen varios tipos denominados en nuestro campo por patos picazo o real, cuchara o cuchareta, barcino chico, de collar, argentino, barcino o maicero, gargantilla, etc. El autor se limita a citarlos y ejemplifica con el bañadero de los mismos como se verá :

« De atrás de unos junquillales voló de golpe una bandada de *patos*, apretada como tiro de munición ». (Cap. XV).

« ...cuantito dentrés a casa bien mamao, te vi'a zam-

par de culo en el bañadero e los *patos* pa' que se te pase el pedo ». (Cap. I).

« Nos acomodamos en el redondel, como *patos* alrededor del bañadero ». (Cap. XIII).

« ... se miró en el bañadero de los *patos*, donde vido que estaba mozo... ». (Cap. XXI).

« ...y soltó una carcajada como para espantar todos los *patos* de una laguna ». (Cap. XI).

« Venía cuidándolas por chúcaras (unas vacas), cuando cata aquí que cruzando cerca de un puesto, se me atraviesa en el callejón una señora a salvar unos *patitos* ». (Cap. XIV).

« ...se puso más amarillo que *patito* recién salido del huevo ». (Cap. XVIII).

PELUDO. — (*Chactophractus villosus* de Desmarest; *sexcintus* de Linneo). Conocido mamífero desdentado de caparazón con fajas móviles y recubierto de pelos largos; su carne es estimada por la gente de campo.

Al describir a don Segundo con una particularísima imagen, dice que tenía « las manos gruesas y cuerudas como cascarón de *peludo* ». (Cap. II).

Al comenzar el capítulo IX, encontramos: « Goyo tuvo que arrastrarme lo menos unos tres metros, tirándome de los pies, para poder despertarme:

— 'ta que sos dormilón... si ya te estaba por hacer la prueba que se le hace al *peludo* pa sacarlo'e la cueva».

Otra expresión, *caer como peludo de regalo*, es utilizada para indicarnos la imprevista aparición de una cosa o persona donde no es esperada, a destiempo, inoportunamente; por eso comenta: « Se me va el amigo

y la moza, y yo tengo que quedar como *peludo* de regalo en estas casas, donde ni conocidos tengo ». (Cap. XVIII).

PULGA. — Siphonaptero (*pulex irritans*), insectos dípteros que viven parásitos en el cuerpo del hombre y en los animales domésticos.

« ... ¡ Quiera Dios que el pampero te averte con tuito el *pulguerío* y tus penas de bichoco y tus diablos y brujerías! », le grita al despedirse del rancho de don Sixto en el capítulo XV.

« No necesito mah'embras que mis *pulgas* », me dije ». (Cap. XVIII).

PUMA. — Aludido en una imagen comparativa, aparece únicamente cuando la desesperación y el temor a lo pasado, impresionan al pequeño Fabio, en el Cap. V: « Yo era, una vez por todas, un hombre libre que ganaba su puchero, y más bien viviría como *puma*, alzado en los pajales, que como cuzco de sala entre las faldas hediondas a sahumero eclesiástico y retos de mandonas bigotudas ».

QUEBRACHO. — *Aspidosperma* « quebracho blanco » de Schlecht.

« Atamos nuestros caballos en dos gruesos postes de *quebracho*, pulidos por los cabrestos, y entramos, pues mi padrino quería hacer unas compras ». (Cap. XIV).

« La galleta era como poste de *quebracho* y gritaba a lo chanco, cuando le metíamos el cuchillo ». (Cap. XV).

« ... Soñaba que me metían en un pozo, como poste de *quebracho*, y que apisonaban la tierra, haciéndome

crujir los costillares y cortándome el aliento ». (Cap. XIX).

QUERESA. — Habíamos visto antes *moscas*, quienes depositan sobre las heridas, huevitos blancos aglutinados denominados *queresas*, de los cuales nacen luego los gusanos. La especie que produce más engusanamientos se denomina científicamente, *Cochliomya hominivorax* y Güiraldes hace detalladas descripciones de los animales atacados.

« En el camino de luz proyectado por la puerta hacia la noche, los hombres se apiñaban como *queresas* en un tajo ». (Cap. XI).

« Lo que sí llamaba mi atención, era el gran número de lisiados de todas clases: unos por quebraduras soldadas a la buena de Dios, otros a causa del *gusano* que les había roído las carnes dejándoles anchas cicatrices ». (Cap. XVI). Ver *moscas*.

RANAS. — Características y abundantes en toda la provincia de Buenos Aires.

« En la cañada croaron las *ranas*, quebrando el uniforme siseo de los grillos ». (Cap. VIII).

RATONES. — En el capítulo III, al preparar sus pocas prendas para alejarse de su casa, se dirige hacia el altillo y nos cuenta: «... Subí por una escalera de mano al vasto aposento, donde los *ratones* corrían entre algunas bolsas de maíz y trastos de desecho ».

SABANDIJA. — Insectos parásitos como tábano, mosquito, mosca brava, jején, etc. Reciben también esa denominación los animales que hacen estragos en las estancias, así la comadreja, peludo, etc.

« Como si mi palabra hubiese sido voz de mando, voló de un solo vuelo la *sabandija*. Garúa y Comadreja, castigadas por repentino terror, corrieron hacia nosotros ». (Cap. XV).

« ¡ Linda cortesía, hacerlo dormir a uno en un aposento hediondo y seguramente poblado por *sabandija* chica! ». (Cap. XV).

SAPO. — (*Bufo arenarum*). Batracio anuro insectívoro de piel gruesa, ojos saltones y pausado andar.

« Nuestro hombre se encaró con un anciano medio ebrio: — Aquí habías de estar vos, haciendo gárgaras como *sapo* en el barro ». (Cap. XIV).

« — ¡ Ahá! . . . ¡ Ponderan la juria'el *sapo*! — rió el del baño ». (Cap. XVI).

« Yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas como *sapo* en el barro ». (Cap. XX).

SAUCE. — (*Salix Humboldtiana*). Árbol salicíneo que abunda en lugares húmedos y toma gran altura. Es muy común el llamado *sauce llorón* de hojas largas y angostas.

« Cerca del callejón había una cañada con unos *sauces*, de donde trajimos algunas ramas secas ». (Cap. VIII).

« Las casas estaban cerca y, atrás de un potrerito alfafado, había un cañadón bordeado de *sauces* ». (Cap. XVI).

« Allí siquiera había unos *sauces*, unos perros, un corralito y unos dueños de casa ». (Cap. XVI).

« En el patio grande, abajo de los *sauces*, ardían los fogones lamiendo la carne de los asadores ». (Cap. XVI).

« ... Yo sufría por todo, como un agua sensible al decli-

ve, al viento, al sol y a la hojita del *sauce llorón* que le tajea el lomo ». (Cap. XXIV).

SELVA. — El término *selva* aparece únicamente durante el cuento primero que narra don Segundo. « El enano salió gritando pa la *selva*, con las verijas coloriendo... ». (Cap. XII).

SOMBRA DE TORO. — (*Maytenus ilicifolia*). Quebracho flojo, de la provincia de Entre Ríos. El libro habla solamente de « orillas del Paraná ».

« Una tarde, como iba en dirección a un *sombra'e toro*, que era su guarida, vido llegar una moza de linda y fresca que parecía una madrugada ». (Cap. XII).

« ... se descolgó de entre las ramas de su *sombra'e toro*, con el facón en la mano, pa hacerle un dentro al brujo » (del mismo capítulo).

TÁBANO. — Insectos dípteros hematófagos ; similar a la mosca pero de mayor tamaño y de color verdoso, con su aguijón mortifica y chupa la sangre a los hombres y animales.

« Pero mejor es que lo sangren a uno los *tábanos* y no acordarse de esas cosas ». (Cap. XV).

« El Moro se le prendió como *tábano* en la paleta y allí íbamos con la vaca afirmándonos uno con otro ». (Cap. XVI).

TALA. — *Celtis tala*; *Coulleria tinctoria* de Burmeister.

Árbol espinoso conocido también por Yoasí-guazú, tala gateador, etc. Su madera blanca se utiliza mucho para el fuego (leña fuerte), es muy frondoso y toma gran desarrollo.

« Como habíamos hecho el fogón cerca de un tronco caído, de *tala*, tuvimos donde sentarnos y ya nos decíamos que la vida de resero, con todo, tiene sus partes buenas como cualquiera ». (Cap. XXI).

TARABIRA. — Comparación con el pez negruzco, de mucha movilidad, que habita en riachos o lagunas.

« Eran unas *tarariras* secas y ariscas que nunca salían de la pieza ». (Cap. XIX).

TERO. — *Belonopterus cayennensis*; *Vanellus cayennensis*, de Linneo. Ave del orden de las zancudas de color blanco con pardo y manchas negras, sumamente gritona y alborotadora. Habita en bandadas cerca de los arroyos y lagunas. Los huevos de tero son inconfundibles por sus manchas, por ello la comparación del autor en el capítulo XIII.

« Perdido en la noche, cantó un gallo, despertando la simpatía de unos *teros* ». (Cap. VI).

« Los *teros* chillaban a nuestro paso... ». (Cap. VIII).

« Unos *teros* pasaron, muy arriba, gritando su alegría ». (Cap. XV).

« Vecino a la entrada, un matrimonio irlandés esgrimía los cubiertos como lapiceras; ella tenía pecudas las manos y la cara, como *huevo de tero*. El hombre miraba con ojos de pescado y su cara estaba llena de venas reventonas, como la panza de una oveja recién cuereada ». (Cap. XIII). Véase *bandurria*.

TIGRE. — Güiraldes menciona con picardía en un diálogo del capítulo V: « ¿Y no tenés miedo que te muerda algún *tigre*, andando así solita por el maizal? ».

Haciendo responder a Aurora con seguridad, « aquí no hay *tigres* ».

Más adelante (Cap. XII) menciona « pagos de *tigres* », pero dentro del primer cuento situado en las orillas del Paraná: Véase *sombra de toro* y *yarará*.

TORDO. — Tordo negro o renegrido. Tiene unos quince centímetros de altura y anda en bandadas numerosas, descuida sus hijuelos y no se preocupa por su nido. Es un vagabundo, como sostiene Hudson. El autor basa su comparación en ello y se ajusta a la realidad, pues el tordo suele pararse en el lomo de los animales en pleno campo y circula con ellos, alimentándose, dicen, del estiércol.

« Si tiene gusto — me dije — en andar con ese *tordo* en el lomo, que le aproveche ». (Cap. XIX).

VENADO. — *Ozotocerus bezoarticus*. La expresión campera « andar venao », estar en ayunas, es la que utiliza el autor.

« — ¿ Compañero no ha visto el *venao* ?

Me interpelaba un paisano, bien montado en un oscurito escarciador, refiriéndose a que estábamos en ayunas ». (Cap. XVI).

VÍBORA. — Comparativamente en el capítulo XXIV, dice : « El palomo se arqueó como *víbora*, mezquinando el flanco... ».

« Más que las lindezas con que hoy me agracia el destino, me valdría haber muerto en la ley que he vivido y me he criado, porque no tengo condición de *víbora* p'andar mudando pelechos, ni mejorando el traje ». (Cap. XXV).

VIZCACHA. — *Lagostomus maximus* de Blainville: *Lagostomus trycodactylus* de Brooke. Es un vocablo de origen quichua, las vizcacheras son las cuevas que utilizan como viviendas, las cuales poseen una cantidad de bocas, constituyendo en las zonas que abundan, una preocupación para los agricultores.

« Dice el caso que a orillas del Paraná, donde hay más remansos que cuevas en una vizcachera, trabajaba un paisanito... ». (Cap. XII).

« El pulpero se agachaba para escuchar el pedido, como perro frente a una vizcachera ». (Cap. XIV).

YAGUARETÉ. — Jaguar o tigre americano, similar al gato montés grande. Del guaraní, yaguareté: tigre. (Véase sobre el punto la publicación de Juan Ambrosetti, *La leyenda del yaguareté abá*, 1891).

« Gateando como yaguareté, se allegó al lugar y vislumbró al bicho parao en un tronco ». (Cap. XII).

YARARÁ. — Vibora temible de la especie *Bothrops alternatus*, llamada también Vibora de la Cruz.

« Como en el suelo es peligroso dormir en esos pagos de tigres y yararases, eligió la más juerte de las raíces que encontró a mano, y subió... » (Cap. XII).

ZORRINO. — *Mephitis suffocans*; *Conepatus* de Humboldt. Pequeño zorro de pelaje yaguané, hocico punteagudo y cola larga.

Inconfundible mustélido de olor característico que lo sitúa a distancia, proveniente de sus orines, utilizados como defensa.

« ... nos fuimos a trote de zorrino hasta alcanzar la

tropa, que por cierto no se había distanciado mucho ». (Cap. VIII).

ZORRO. — *Pseudalopex gymnocercus*. Mamífero carnívoros sumamente astuto.

« Siguiendo su mirada vi en la orilla opuesta del río, asomar la socarrona cabecita de un zorro ». (Cap. X).

« Sintió que el corazón le corcoviaba en el pecho como zorro atrapado... ». (Cap. XII).

HORACIO JORGE BECCO.

AVES DE MITO, SUPERSTICIÓN Y LEYENDA EN AMÉRICA

Las aves han sido el polo de antiquísimas creencias y el objeto de las devociones más antitéticas. En su redor, la superstición ha entret Tejido la urdimbre de curiosas atribuciones, muchas de las cuales, remontando el río de las edades, llegaron hasta nuestros días en el polen milagroso de la tradición.

Las leyendas totémicas de numerosas tribus primitivas les reconocen la condición de seres fundadores o antepasados, y subsisten flotando en los siglos, como una espuma de misterio, aquellas representaciones en que se entremezclan y confunden los caracteres del mito, de la fábula y del cuento, y que constituyen los fundamentos de una religión, de un sistema social y de un arte.

En las sociedades con una cultura definida la figura de las aves aparece predominante en el culto milenario y embellece y da sugestión divina tanto a los símbolos rituales como a los que sintetizan la fuerza del gobierno. La India budista consideró sagrado al cuervo de sombrías alas, y, entre los persas, el gallo de púas agresivas gozaba de altísimo predicamento porque hacia él se inclinaba la predilección de Ormuz, ya que anunciaba las alboradas. Esta gloria del gallo se difundió en Grecia, luego de las jornadas victoriosas con-

tra los gigantescos y heteróclitos ejércitos de Darío y Jerjes. Las tropas llevaron a la sabia y sutil Atenas no solamente el laurel sino también el conocimiento de usos y costumbres de los pueblos vencidos, conocimiento que alcanzó mayor hondura todavía después de las conquistas de Alejandro. Así, pues, las riñas de gallos que fueron una permanente diversión de los persas, resultó del gusto de los griegos, los cuales consiguieron establecerlas en la ciudad natal, donde también se adiestraban codornices para las luchas del redondel. El ave pérsica, como se la llamó en Atenas atendiendo a su origen, sedujo con su garbo y espíritu combativo a los griegos tal como a tantos siglos de distancia ella también, subyugó a nuestros criollos que cultivan a furto de la ley humanitaria, el vibrante deporte de las riñas. Aristófanes en *Las Aves* pone en boca de Evélgides una alusión: « ¿Te ha vencido algún gallo? »¹. La Biblia enseña que Noé confió a una paloma la misión de establecer si el nivel de las aguas caídas durante el Diluvio, había descendido. Ella volvió con un gajo de olivo en el pico.

Dioses como Assur, entre los asirios, eran representados con alas. En Caldea la bella Istar, que tenía en ciertas circunstancias los poderes de una Venus, aparecía en las imá-

¹ Transcribe Gruter en el *Thesaurus* — citado por Cantú — la inscripción hallada en uno de los templos erigidos a Esculapio, donde se afirma que un soldado ciego, Valerio Apro, bajo inspiración divina, hizo una pomada con sangre de gallo blanco y miel; se la aplicó durante tres días al cabo de los cuales pudo ver.

En su biografía de Aulio Vitelio, recuerda Suetonio (IX), que, hallándose aquél en el tribunal de justicia, un gallo se le posó primero en el hombro y más tarde sobre la cabeza, augurándole lo que en el tiempo le ocurrió: el logro del cetro imperial y su pérdida en medio de la vergüenza y el oprobio.

genes de Nínive con una paloma, tal como la Astarté de Sidón, en Fenicia. Asimismo, entre las deidades secundarias, los caldeos reverenciaban a cierto pájaro de la tempestad al que, seguramente, atribuían la facultad de desencadenar las tormentas, por lo que lo conjuraban con plegarias y ritos propiciatorios. En la mitología egipcia, Horus, que simboliza al sol que nace todos los días y derrota a Set, el genio maligno de las sombras, tiene el cuerpo de un gallardo mancebo y la cabeza de un gavián. El águila se hallaba también incluida en estas creencias, ya que el Buey Apis debía ostentar en su lomo una mancha con la figura de aquella rapaz. En el *Libro de los muertos*, el que comparece ante el tribunal de castigos o premios eternos, dice: « Nunca he cazado con red las aves divinas »¹.

El ibis, de negra cabeza y encorvado pico, era el ave de Isis, diosa de la fecundidad de la naturaleza. En el monolito del rey Serpent, puede admirarse un gavián divino que parece haber sido labrado hace 7.000 años. En joyas egipcias figura también el halcón.

Entre los griegos, hubo reyes que en su cetro ostentaban el perfil de aves propicias. Sus dioses, lucíanlas también. Aristófanes, en su ya recordada comedia, señala:

Pistetero. — Tan grande fué el poder de la gente alada que los reyes de las ciudades griegas, Agamenón y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro un ave que participaba de sus presentes.

¹ En el *Mánava Dharma Sástra*, libro de las leyes de Brahma, también se establecen penitencias a los matadores de aves. En el libro oncenno de este código indio, se previene a los que maten pájaros en general (70) y en especial a los que exterminen buhos o cornejas (131); loros y kronchas (chorlitos) (134); cisnes, grullas o pavos reales (135).

Evélgides. — Pero oíd la prueba más contundente, Zeus, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de sus soberanías ; su hija, lleva una lechuza ; y Apolo, su ministro, un azor.

Atenea, la hija de Zeus de que habla Evélgides, tenía consagrada, también a la corneja ; el furioso Ares, el buitre, y la complaciente Afrodita, la paloma. En la figuración de las harpías, éstas aparecen con cuerpo de ave y cabeza humana.

Una leyenda dice que Zeus tomó dos águilas y les ordenó volar una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda. Salieron las aves y, tras larguísima travesía por los aires, volvieron a encontrarse. En este punto señaló el rey de los dioses olímpicos, el centro del mundo.

Aparte de jurar por las aves, los griegos no conocían mejor signo meteorológico que la presencia de aquellos alados. El milano indica buen tiempo ; la grulla, como lo consignan Hesíodo ¹ y Aristófanes ², anuncia la estación invernal ; la golondrina, como entre nosotros, llega para anunciar las tibiezas de la primavera. Y ya en el orden de las supersticiones, llamaron aves proféticas a la corneja, entre muchas otras y así lo avisa Hesíodo en los versos 746 y 747 de *Los Trabajos y los Días*, en este consejo : « Cuando hagas tu casa, no dejes salidas en las que pueda posarse y graznar la charlatana corneja » ³. En otro lugar de citada obra dice : « El día 4º lleva

¹ *Los Trabajos y los Días*. El poeta griego cierra este libro con las siguientes palabras : « ¡ Dichoso aquel que, sabiendo todas estas cosas, irreprochable ante los Dioses, observa los augurios de las aves y huye de las malas acciones ! ».

² *Las Aves*.

³ En España, la mala fama de la corneja es inmemorial. Un refrán antiguo dice : « Bien adivina la vieja el cantar de la corneja », es decir,

una esposa a tu casa, pero antes consulta a los pájaros más indicados de asesorarte sobre lo que vas a hacer ». El gran poeta Aristófanes pone en boca del coro en su admirable comedia, estas palabras que están llenas de información para el tema que trato aquí : « Las aves reemplazamos para vosotros a Amón, a Delfos, a Dodona y a Apolo. Para todo negocio comercial o compra de víveres, o matrimonjos, nos consultáis previamente y dáis el nombre de pájaro a todo cuanto sirve para revelaros el porvenir : una palabra es un pájaro ; un estornudo es un pájaro ; un encuentro es un pájaro ; una voz es un pájaro ; el nombre de un esclavo es un pájaro ; un asno es un pájaro. ¿No está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconocéis por dioses hallaréis en nosotras las musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno, el estío, el calor moderado... » Debo recordar aquí que un pájaro en Grecia tenía sinonimia con el vocablo auspicio, o sea lo que se adivina por medio del vuelo de las aves ¹.

El cuarto trabajo de Hércules fué dar de flechazos a las aves que moraban en la laguna Estínfala, en las cumbres de

adivina su ruina final. En Alemania e Inglaterra temían y temen al cuco, por anunciador infalible, del bien y del mal.

¹ En el tiernísimo coloquio con Laertes, su padre, Ulises, fingiendo ser hijo del rey Afidas Polifemonida dice que el Ulises de Ítaca estuvo a visitarlo hace cinco años y que él lo despidió feliz por los buenos augurios. « Cuando partían, los pájaros volaban a su derecha ». (*Odisea*, XXIV). El mismo Homero (*Iliada*, II) refiere el vaticinio de Calcas el augur. Un dragón había devorado a ocho pajarillos y a la madre de éstos. Según el adivino ello anunciaba que durante nueve años se pelearía frente a Troya. Y, como el dragón había sido transformado luego en piedra por Jove, era indicio de que al décimo año de asedio caería la ciudad famosa.

Arcadia. Estas aves a quien nutría Ares, mataban con sus plumas de hierro a los hombres y luego los devoraban.

La fundación de Roma en el monte Palatino se debió a una superstición basada en el vuelo de las aves. Según la creencia tradicional, Rómulo y Remo anhelaban levantar una ciudad en las colinas, pero cada uno quería para sí tal privilegio. Como no llegaron a un acuerdo, dejaron a las voluntades extrahúmanas la decisión, que se manifestaría mediante un agüero. En efecto, Remo señaló seis buitres que cruzaban el cielo, mas, apenas había denunciado el hecho, Rómulo observó que doce de aquellas rapaces volaban sobre él.

Se interpretó que los designios divinos favorecían a Rómulo y se los acató¹.

¹ Al trazarse los lindes de Alejandría, según refiere Plutarco en su biografía de Alejandro, prodújose una incidencia en torno a la interpretación de la actitud de unos pájaros. Sobre la raya que indicaba ese linde circunvalador, se echó harina, y una bandada de aquéllos lanzóse inmediatamente sobre el codiciado alimento que terminó en pocos instantes. Alejandro estimó que ello era un indicio nefasto. Consultados los maestros en agüeros, manifestaron que esos pájaros indicaban que la nueva ciudad recibiría gentes de todas las naciones, a las cuales ofrecería bienes materiales y espirituales.

Cicerón, en su *Tratado de la Adivinación* incluye una minuciosa relación de los augurios alados, ejemplificando abundantemente con casos célebres: el rey Deyatoro que suspende una marcha que le hubiera sido fatal, gracias a una señal que le brindó el vuelo de un águila; la lealtad de este monarca hacia Pompeyo, por mudo consejo de las aves; las calamidades sufridas por Claudio, hijo de Apio Cæco, y por Lucio Junio, por no obedecer a los signos de los pájaros; recuerda que Agamenón se hizo a la mar sin tener en cuenta que el vuelo de las aves le indicaba una acción contraria; la desgracia de Flaminio y su ejército por desobedecer a los gallos sagrados que señalan la conveniencia de demorar el combate contra Aníbal; las águilas divinas de Rómulo fallando en trascendental divergencia de los hombres. El *tripudium*

Los etruscos consideraban a las aves como emisarias de la divinidad y les rindieron fervido culto. Los adivinos realizaban una ceremonia sencilla y curiosa al mismo tiempo para interpretar la voluntad de las potencias sobrenaturales. Alzaban el báculo y describían en el aire un cuadrado encerrando en él una porción de cielo. Y con suma atención aguardaban el paso de las aves, el cual si se producía a derecha o a izquierda, auguraba venturas o desgracias. La adivinación por el vuelo de las aves constituyó una ocupación de carácter sacerdotal en ese pueblo tan profundamente supersticioso que consagró ritos especiales al águila, cuyo

solistimum, a que se refiere el glorioso orador en varios lugares de su obra, consistía en observar a unos pollos cuando se alimentaban. Según dejaran caer trozos de pasto, granos o migas y los recogiesen con mayor o menor ansiedad, los magistrados especialistas establecían el augurio. El descuido de los funcionarios en presentar el grano o los pastos al animalillo, ocasionaba, apúnta Cicerón, errores en el vaticinio. Ya dije en otro lugar que muchos romanos cultos consideraban estos procedimientos como una vulgar superstición.

Los colegios sacerdotales de augures encargados de realizar vaticinios interpretando el vuelo y el canto de las aves, reunían en Roma hasta quince miembros entre los cuales se contaban los propios monarcas. Hasta el año 452 a. C., era condición indispensable para integrar estos colegios el pertenecer al patriciado, pero después de aquella fecha se incorporaron plebeyos. El *Pomærium* era el sitio donde se observaban los augurios. El acto se cumplía al mediar la noche y en una suerte de toldo.

En su biografía de Octavio Augusto (VII), recuerda Suetonio que el segundo nombre del César le fué dado, entre otras razones « bien porque esa palabra derivase de *aucltus* (acrecentamiento), bien porque proceda de *gestus* o de *gustus*, empleadas las dos en los presagios que suministraban las aves, según dice Ennio en este verso: *Augustó augurio postquam inclita condita Roma est* (Cuando se alzó Roma bajo augusto presagio). (*Los Doce Césares*, por Cayo Suetonio. Traducción de F. Norberto Castilla. Buenos Aires, 1945).

aspecto soberbio y fiereza indomable les sugería devota admiración. Para un etrusco, ver un águila era signo feliz. Esta rapaz figuró en las representaciones artísticas y en los libros magistrales. La actuación de los jueces etruscos solía ajustarse a determinados indicios advertidos en los pájaros. Mas si los etruscos se hicieron famosos por su sometimiento al augurio de los alados dueños del espacio, el pueblo romano, sucesor suyo, alcanzó en éstos mismos extremos increíbles. El romano fué un supersticioso esencial. Los augures proliferaron al rescoldo de esta debilidad. Todo hecho tenía para el romano un valor de revelación mágica, de un presagio, de un anuncio. Algunas de las supersticiones de Roma han llegado hasta hoy con gran vigencia.

La forma, el color y estado de los animales sacrificados, les daban la pauta de los más raros presagios, ni más ni menos que como entre los hanurpas altoperuanos anteriores a la Conquista, o como los propios druidas misteriosos que también ponían su fe en los signos que les brindaba el vuelo caprichoso de los pájaros. El arte de augurar, herencia de la esotérica Caldea, tuvo un auge inmenso en toda Roma. Hubo quienes afirmaron que la muerte de Vitelio fué anunciada por una bandada de pájaros al precipitarse sobre el emperador, dos días antes, con el propósito de herirlo a picotazos. A Agripa, un buho le anunció la libertad. Era habitual en la metrópoli del Imperio escuchar las expresiones *bona avis*, *adversus avibus*, *secundus avibus*, en que se sintetizaba un augurio¹.

¹ Para muchos romanos los augurios y vaticinios eran supersticiones. Entre los peripatéticos y los estoicos hubo negadores decididos del arte de los augures y arúspices. Por lo general, hombres de alta cultura, no las aceptaban.

Lo mismo que en Grecia, existían aves cuya presencia revelaba la proximidad de una tragedia. Tanto en la gloriosa tierra de Pericles como en la de Cicerón, la corneja fué una de las aves proféticas que inspiró mayor número de supersticiones. Por desgracia, sólo ha llegado hasta nosotros aquella información que se refiere a la superstición en las clases superiores de la sociedad antigua. El acopio de creencias dominantes en el pueblo campesino, en la gente del suburbio ateniense o romano, debe de haber sido inmenso y pleno de curiosidades. Pero los historiadores, solamente por excepción recogieron algo de ello. En cambio, los poetas de vez en cuando aluden a lo funesto de ciertas aves proféticas. Virgilio en su novena égloga menciona la corneja y dice :

De siniestra corneja amonestado,
si adrede toda riña no omitieras,
sin duda me contarás ya enterado,
y asimismo Menalcas no vivieras !

Apuleyo, tan numeroso en su información de este carácter, refiere en *El Asno de Oro* que las personas que lograban dar caza a la lechuza, clavábanla en la puerta de sus casas a fin de quebrantar el maleficio que en esas rapaces dominaba. Nuestros criollos las cuelgan de los alambrados a la vera del camino, siguiendo la milenaria costumbre de exhibirla muerta a los ojos del viandante.

La conquista romana arraigó aun más en España la ciencia de los augures y la creencia en los agüeros. La antigua literatura española está saturada de superstición. En el *Cantar de Mio Cid*, aparece la corneja en la hora más dolorosa del Campeador, y así lo dicen los versos :

A la salida de Bivar — ovieron la corneja diestra,
 e entrando a Burgos — oviéronla siniestra.

En la leyenda de los *Siete Infantes de Lara*, recogida en la *Crónica General* que mandara componer el rey don Alfonso el Sabio, se expresa que al llegar al pinar que había en el camino, y a la entrada del monte, los infantes y su ayo Muño Salido, vieron aves que les hicieron malos agüeros, y al viejo le parecieron de tan fúnebre signo que les pidió a los infantes no continuasen porque una desgracia se cernía sobre ellos:

« ... et yendo ellos hablando unos con otros, llegaron a un pinar que auie y en el camino, et a la entrada del monte vieron aves que les fizieron muy malos agüeros... ».

« ... et Munno Salido que yua y con ellos, so amo, era muy agüerero et departie muy bien agüeros, et con grand pesar que ouo de aquellas aves, que le parecieron tan malas et tan contrallas, tornósse a los infantes et dixoles: « hijos, ruégouos que uos tornedes a Salas, a uestra madre donna Sancha, canon uos es mester que con estos agüeros uayades mas adelant; et folgarades y algún poco, et combredes et beuredes alguna, cosa et por uentura camiar se uosan estos agüeros ».

Ante la disparidad de criterios, Muño Salido agregó:

« Fijos, bien uos digo verdat, que non me plaze por que esta carrera queredes yr, ca yo tales agüeros veo que nos muestran que nos nunca tornaremos a nuestros hogares. Et si uos queredes crebantar estos agüeros enuiad dezir a uestra madre que cruba de pannos siete escannos, e póngalos en medio del corral et lloreuos por muertos ».

« Roy Blasquez quando les aquello oyó, començoles de

loseniar et dezir : « fijos, estos agüeros muy buenos son, ca dan a entender que de lo ajeno ganaremos grand algo, et de lo nuestro non perderemos nada ; et fizo muy mal Muño Salido de non uenir conuusco ».

El romance compuesto sobre datos de la *Crónica*, aclara más aún el agüero :

... tornaos infantiles
 a Salas la vuestra villa,
 no pasemos adelante,
 malos agüeros había :
 un buho de grandes gritos,
 una águila se carpía,
 cuervos muy mal la aquejaban,
 yo de aquí no pasaría.

Don Alfonso X, el Sabio, procuró reglamentar la profesión de augur que tenía, entre muchos medios de adivinación, el vuelo de las aves. En su Partida VII, título XXIII, Ley I, combate y castiga práctica tan extendida como productiva, particularizándose con los « ... agoreros ... e sorteros ... e feticheros que catan agüeros de aves ... ». Pero la superstición continuó en España con tanta fuerza y dispersión que resultaron ineficaces los mandatos de las propias autoridades eclesiásticas.

Garcilaso alude a la corneja en su famosa égloga (I) y pone en labios de Salicio estos versos :

« Bien claro con su voz me lo decía
 la siniestra corneja repitiendo
 la desventura mía ».

En la égloga segunda reitera :

« Acuérdate agora que el siniestro
canto de la corneja, y el agüero
para escaparse no le fué maestro »¹.

En la Galicia medieval, la corneja, el buitre y el cuervo eran citados a cada instante por los poetas, como signos de agorería :

- a) Os que dicen que veen ben e mal
nas aves dé agoirar preit'an
quer en corvo seestro quando va
albur antrar, e digolles, en all.
- b) Par deus cruz, dona sei eu que andades
d'amor coitada, que tanbem cantades
cantigas d'amigo
abuitre comestes, que adeviñades².

El leyendario germánico revela el crédito que conferían las gentes de allende el Rhin a los presagios que provenían de ciertas aves. La trágica agresión que Hagen consume contra Sigfrido, fué apresurada por el augurio que el héroe burgundio creyó advertir en el vuelo de un cuervo.

En *El Ocaso de los Dioses* — traducción de Carlos J. Dureok — está desarrollada la superstición en una escena de intensa vibración dramática :

« Salen dos cuervos de los matorrales y revolotean sobre Sigfrido y se van hacia el Rhin.

Gunther. — ¿ Qué escucho ?

Hagen. — ¡ Comprenderás también
el graznido de los cuervos !

¹ GARCILASO, *Poesías* (págs. 26-7 y 42), Zaragoza, 1945.

² AGAPITO REY, *Algunos aspectos de las costumbres de Galicia*. (Anuario de la Sociedad Folklórica de México, III, págs. 101 a 110, México, 1945).

Sigfrido se levanta con rapidez y sigue los cuervos con la mirada dando la espalda a Hagen

¡ Me aconsejan venganza ! ».

El respeto devoto a la paloma, que entre nosotros representa al Espíritu Santo, es, como se ha dicho, una reliquia de antiquísimos cultos totémicos. Carlomagno dictó resoluciones que la defendían y disponiendo el cuidado de los palomares, medida que contrasta con la actitud de otros pueblos que consideran a la paloma como signo de pobreza y miseria.

Existe un fondo psicológico que es común a todos los hombres. Los caracteres de este fondo permanecen inalterables. Varían las reacciones de acuerdo con múltiples factores de orden cultural y físico. De ahí que en zonas geográficas tan distantes entre sí, aparezcan expresiones artísticas y especulativas con asombrosa similitud. Es lo que con respecto de muchas creencias, supersticiones, ritos, prácticas mágicas emparenta a nuestra América precolombina con egipcios, indúes, etruscos y romanos. Esta concepción antropológica ha tenido ilustres apóstoles : Lang, Bastián, André, Tylor.

Entre sociedades que han sostenido relaciones, ya por la amistad comercial, ya por sumisión producida por la guerra, se establece una interpenetración de motivos y detalles que asimila el núcleo más susceptible al dominio, pero en el cimiento, la savia nutricia que alimentó los temas iniciales no se altera sino por causas extraordinarias. En las comunidades quichuas hubo influencias poderosas a raíz de la invasión hispana, y ciertos mitos y creencias cambiaron de tona-

lidad externa, mas la cepa se conservó indígena. Otros desaparecieron por olvido popular. Y los demás superviven aún transformados, simplificados en intrascendentes prácticas, invocaciones, supersticiones y formulismos, siguiendo la ley universal de que los mitos, desteñidos por el tiempo, trasegados en la malla de las recomposiciones que desfigurán y a veces desnaturalizan, pierden los atributos superiores que les daban reino sobre la conciencia humana, y rodando por los siglos y por las más diversas regiones, quedan, como dije, reducidos a meras consejas, a veces a un refrán, a un juego, y los señores de sobrenatural valencia, los dueños de los Olimpos resplandecientes o los demonios que estilizan su alquimia venenosa en los bátratos tenebrosos, asistidos por genios espantables, vienen tan a menos que se los menciona como a inofensivos personajes de cuento.

En el fondo del alma indígena de América, si bien es cierto que la influencia de los grandes mitos ha perdido arraigo, ella no ha desaparecido. Vive al calor de un misterioso aliciente místico, de un aleccionador recuerdo secular fundido a las almas como una sal se funde en la gota de agua. Y este ahorro moral, esta reserva instintiva que ata los hombres a la tierra y al espíritu de la misma, salvarán a América de perecer totalmente en la vorágine de las seducciones foráneas que la esclavizan y que maniatan sus verdaderos y genuinos impulsos creadores.

América tuvo, como los pueblos de allende los mares, su floración de mitos, leyendas y supersticiones inspirados en las aves. El indio precolombino y el etrusco coincidieron en la devota admiración o miedo sombrío a ciertas especies aladas. La atribución mítica que constituyó la sustancia de firmes creencias, fué casi idéntica entre los huarochiris,

chimús y chancas y quichuas del Perú incaico, los onas del extremo austral, y los etruscos y romanos. La admiración a las grandes dominadoras del espacio, o bien la aprensión a otras, como la corneja y la lechuza, casi coinciden. Los cronistas de la iniciación colonial asombrábase de la riqueza de mitos y supersticiones vigentes en las sociedades indianas. Su descripción, llena de azoramientos, reveló el culto generalizado del ave tótem, del pájaro augur, residencia de espíritus o intermediario entre éstos y el hombre. Los tesoros que la cultura incana legó a los pueblos, concretada en monumentos, frisos, decoraciones en los querus, altos relieves y tejidos, todos ellos estudiados por sabios investigadores, dieron el rumbo de mitos curiosísimos creados en torno del cóndor, el halcón, la hurpi, el tigre, el puma, la serpiente, tótemes de encumbrado linaje mágico. Los mayas y los aztecas tenían su profusión de intermediarios divinos, sus genios del bien y del mal, sus dioses con facultad de transustanciarse de astro en pájaros. Entre los aztecas, el *quetzal* representa al sol, y el *quetzalcoath* es el principio-genitor de la raza. Nuestros guaycurúes creían descender del carancho; y en algunas regiones araucanas, del ñanco o aguilucho azul.

En la copiosa clase sacerdotal incaica, figuraba una categoría de augures a quienes, en general, se llamó *Huatuc*. Pertenecían a ella los *hanurpas*, cuya función era la de interpretar el vuelo de las aves, además de la observación de las vísceras de los animales sacrificados. Entre los *paccaricas*, o sea los creadores del ayllu, figuraban también las aves, con preferencia el *cúntur*, señorial morador de las cumbres.

Los huauquis eran dioses exclusivos de cada inca. Tenían el designio del hermano sagrado. Su imagen acompañaba

al monarca y le daba protección. Muchos de estos huaucnis eran aves como el Inti totémico de Manco Capac que representaba un *chima*, gavián, que, según la concepción religiosa, tan alto volaba que se perdía en el fuego divino del sol. El gavián figura en el primer cuartel de las armas del famoso inca, según el dibujo del prolijo Guaman Poma de Ayala.

Los cronistas del imperio incano han documentado al detalle las supersticiones precolombinas que, por otra parte, mantuvieron su vigencia aun bajo el dominio de los españoles. Poma de Ayala, en su *Nueva Coronica*¹, foja 278, dice que el Huanccanqui o Guancanqui, vehiculos de hechizo para el amor y para descollar en el canto y la danza son «... unos pájaros llamados tunqui de los andes otros dizen que son piedras otros dizen que son hojas de árboles otros dizen que son colores y *chima* las los cuales traen estos dhos uacanquis...».

Describe cómo los hechiceros mezclan plumas con otros elementos, coca, plata y oro en ollas nuevas y los someten al fuego y mediante palabras y pases obtienen de los espíritus la clave para unir o desunir hombres y mujeres o flagelarlos con dolores y penas.

En la foja 283, incluye datos de elevado interés para el motivo de este trabajo, y agrega que para el indio, soñar con pájaros era augurio de riñas sangrientas.

Existió con los predicamentos del culto en toda la región dominada por el Inca un pájaro de largo cuello y cola con

¹ *El primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*, por Felipe Guaman Poma de Ayala. *Boletín de la Sociedad Geográfica de la Paz*, Bolivia, año LII, n° 63, 1941.

plumas de diversos colores que se lo representó siempre en actitud de abrir el pico. Acompaña a las divinidades etéreas. Trátase del ave que concita las tormentas. Es la representación de la nube. El espíritu de la lluvia. El ave de las tormentas y del trueno, del rayo y del fuego es común a los mitos indígenas de América. Así como la concibieron los quichuas, la tienen en sus mitos las tribus guaránicas, asignándole facultades creadoras de fenómenos físicos: En todo el Chaco la dispersión de tales mitos era extensa. No olvidaré tampoco al famoso Nina Kiru de las leyendas mitológicas de Santiago del Estero: Pájaro fantástico de pico de fuego, constituye el centro de múltiples creencias actuales. Un escultor intuitivo de Alpamisqui, don José A. Sosa, me hizo donación para la Biblioteca Estudiantil que dirijo, de una pieza en yeso policromado representativa del fabuloso pájaro de pico con ígneos dientes, el cual también ha sido precursor de tormentas, truenos, rayos y, acaso, volcanes. Para mí está dentro del núcleo de pájaros guardadores del fuego, de los que con tanta capacidad se ocupara Frazer en su libro sobre los mitos del fuego. Estas aves son hermanas en el ámbito místico, del oradante picoverde europeo, augur de tormentas y de truenos.

El cóndor aparece en el culto solar de muchísimos ayllos. Es el ave sagrada por excelencia, que comparte con el halcón o gavilán las más encumbradas atribuciones sobrenaturales. Hasta los chachamoyas aledaños al Amazonas, en la parte que toca al Perú, consideraron al cóndor identificado con Inti.

Los altoperuanos tuvieron un mito astral desarrollado por manos indias en remotas épocas prehispánicas, que representa al cóndor como restaurador, diría, del sol, tras los

cataclismos que trajo el diluvio universal. Hállase este desarrollo en uno de los *querus* — vasos de la liturgia y del sacrificio — descubiertos en Tiahuanaco y que fueron estudiados por el ilustre arqueólogo Arturo Posnansky, recientemente fallecido en la Paz, Bolivia. La representación pictórica del vaso traduce, según el sabio, el drama del sol durante el diluvio, y en el cual desempeña el cúntur el papel vitalísimo de salvador del astro.

Con el nombre de *El cóndor que empolla*, describe seis escenas simbólicas con acierto, que fué celebrado por Max Uhle. Ellas revelan :

a) *La tormenta se cierne sobre el sol*. El signo de la tormenta es la trompeta cuyos sonos acompañan las exclamaciones con que los indios conjuraban al viento, los temporales, las nevadas, el granizo y los rayos a fin de que no descargaran su furia sobre los sembradíos produciendo la devastación y la miseria. Diré a modo de agregado que entre los onas sobrevive la costumbre de conjurar a gritos la tempestad, lo que indica que tales manifestaciones eran universales.

b) *Cuatro cabezas de pescado asedian al sol*. — La posición de los pescados señala, según el sabio que la interpretó, que el astro se halla dentro de las aguas.

c) *El sol ha sido devorado por los peces*. — El sol está vencido por el diluvio.

d) *Los pescadores se apoderan del pescado en cuyo vientre yace el sol*. — Se infiere que las aguas han descendido, pero que el sol no ha podido librarse de la prisión en que se halla. Los hombres sobrevivientes de la catástrofe son los encargados de extraerlo.

e) *Dos cóndores están en lo alto. Uno de ellos devora el*

pecado donde permanece el sol. — Como consecuencia del celo, la hembra pone un huevo y lo empolla.

f) Del huevo del cóndor renace el sol. Éste vuelve a los ámbitos celestes donde recobra su esplendor. Triunfa con la vida. Asoma en la inmensidad como nuncio eterno de alegría.

Ya que he mencionado al Diluvio, quiero referirme al cuervo, devorador de los muertos, personaje que en el mito ecuatorial de los indios caras fué enviado por Pacha — émulo del bíblico Noé — para que le informara a su regreso si las aguas habían descendido. Mas el cuervo, al ver la cantidad de cadáveres que flotaban sobre la superficie turbulenta de aquel mar que cubría la tierra, se entretuvo en sustentarse con ellos y no volvió al cerro Pichunchu en el que Pacha y sus tres hijos con sus respectivas mujeres, habíanse guarecido ¹.

Otro mito prehispánico de los peruanos hace actuar al halcón o gavilán ². Trátase del de los cinco halcones, recogido por los antiguos cronistas en la comarca del Huarochiri. Dice que en la cumbre del cerro Condorcoto, el hijo del dios Pariacacca, llamado Huathiacuri, así apodado por sus modalidades en el comer, encontró cinco huevos en uno de los cuales estaba Pariacacca, divinidad que se veneraba en la

¹ El cuervo no siempre es sinónimo de maldad. Recuérdese que fueron cuervos los que alimentaron al profeta Elías de Tisbé cuando huyó al desierto después de anunciar las calamidades a Acab. Refiere Plutarco en la ya citada biografía de Alejandro (XXVII) que unos cuervos, según Calístenes, guiaron al impetuoso hijo de Filipo, por el desierto hasta el templo de Amón. De no ser esas aves, se hubiesen perdido en los arenales inmensos. Otra vez, una mortal pelea de cuervos indica al conquistador (LXXIII) la inconveniencia de entrar a Babilonia (*Vidas Paralelas*, op. cit.).

² El halcón, en la mitología germana, representaba a Odín.

región. De ellos salieron cinco halcones que se convirtieron en otros tantos hombres dotados de facultades sobrehumanas. Pariacacca es el dios vencedor del sanguinario Huallallo, y héroe de famosas hazañas. Fué, sin duda, el dios de los huarochiris alteños, y en este caso, el halcón representa, como muy bien lo indica don Ricardo Latchman, el tótem de dicha divinidad. A mi juicio, representa el tótem de toda la comunidad. No olvidemos que *chima*, el gavilán o halcón de Manco Capac, tuvo no solamente prestigio mítico para su dueño imperial, sino para todo el ayllu que vió en él al propio Inti.

Los aborígenes invocaban como a dioses tutelares al cóndor y al gavilán, tótemes predilectos que hasta hoy, juntamente con el jaguar, reciben culto. Guamán Poma de Ayala, refiere que los acusados de estupro eran colgados de los cabellos en la *arahuá* o peña del sacrificio, de la que pendían vivos largas horas hasta morir. Y mientras esperaban la sombra eterna, así gemían: — *Yaya cóndor apauay tura guaman pusauyay; mamallayman uillapuuy nampiscapunchán mananicosca manaupyasca yaya caçhapuric quillcapacchasqui puric cimillayta soncollayta apapullauay yaya-llyayman mamallayman uillapullauy*, cuya traducción libre del profesor Posnansky, reza:

« ¡ Padre cóndor, llévame; hermano halcón, transpórtame; a mi madre únicamente avísale; tal vez se estará sin probar alimento ni beber; padre mensajero, que llevas los encargos: llévale mis palabras y mis pensamientos a mi padre, a mi madre únicamente; avísales no más! »

En algunas regiones de Indoamérica sureña se consideró que el alma de los muertos o se convertía en estrellas, como todavía creen los onas, o en pájaros de todo linaje.

Los araucanos, desde muy antiguo tienen esta última creencia que aparece en las invocaciones propias de la liturgia mayor, o sea la del *Nguillatum*. Dice don Tomás Guevara que el mapuche afirma que esta transformación se verifica en aves de rapiña, « pájaros del sol » (peucos, halcón, etc.). Esta aserción del admirable folklorista chileno, me hace pensar que en el culto solar de los araucanos existía una *série* de lótemes alados, identificados en el astro, tal como el gavián y el cóndor de los peruanos.

Guevara incluye en su estudio sobre la religión araucana, una de las invocaciones a los antepasados, típicas del *Nguillatum*, que dice : ..

Ruega por mí, híncale por mí al dominador de los hombres.
Tenga él abundantes cosechas ! — dirás por mí.

Harás venir el buen tiempo.

¿ En qué os habéis convertido en vuestro tránsito ?

¿ Os habéis hecho águilas ?

¿ Os habéis hecho peucos del sol ?

¿ Os habéis hecho cernícalos del sol ?

¿ Sois moscas azules en vuestro tránsito ?

¡ Tenga, pues, él, abundante cosecha ! — dirás por mí.

¿ Con qué cosa viviría yo ? Pues tengo muchos hijos.

Favorecedme ; dadme cosechas, toda clase de productos :
trigo, cebada, arvejas, habas, papas.

¡ Ya, ya ya !

Durante la visita que en 1937 hice en el salitral de Trenque-Lauquen, doña Josefa Marín, india ranquelina, pariente, como he dicho en otro lugar, del célebre cacique general Mariano Rosas (*Payhitruz*), me decía entre lágrimas, refiriéndose a sus hermanos, primos y amigos muertos en la expedición punitiva de 1878 :

« Después de aquella desgracia, me llevaron a Tucumán a

trabajar en la zafra. Luego pudimos volver. Mis pobres hermanos cayeron en pelea. Ahora andarán volando hechos ñancos!» Y, deshecha en sollozos conmovedores, cantaba una larga melopea evocativa.

Al través del mito de Iraya, aparecen claramente las aves totémicas propias del culto solar que se extendían desde los confines del Ecuador hasta Chile, con enorme difusión y persistencia en las tierras peruanas desde antiquísimos tiempos.

Iraya fué un idolo resplandeciente, venerado sin reservas entre los huarocharis aledaños a la costa del mar, hasta muy entrada la conquista. Este dios había engendrado un hijo en el vientre de Cavillanca, sin que ésta supiese quién la había poseído. Para descubrirlo asistió a una reunión de inmortales. Iraya trató de eludir el conocimiento y apareció vestido con los harapos del menesteroso. Mas, a pesar de tal disfraz, fué identificado por el niño que, radiante de gozo, le echó los brazos al cuello. Cavillanca sufrió una cruel desilusión. Su desgracia era humillante ya que su cuerpo había dado placer a un hombre despreciable. Pensando en esto, huyó del concilio, sin volver la mirada hacia atrás. Iraya corrió tras ella para disuadirla del error, y para darle una prueba de su verdadera personalidad divina, substituyó las deshechas ropas por un atuendo que resplandecía como el fuego.

Con grandes voces la llamaba, mas ella persistía en su carrera, ganosa de alejarse para siempre del que a su juicio la había humillado con sólo rozarla. Iraya continuó la búsqueda por caminos, valles y desiertos, desfiladeros y cumbrés. Doquiera preguntaba por los amados de su corazón, pues ignoraba que al llegar al mar Pachacámac los había convertido en arrecifes.

A cuantos animales hallaba en su camino, les requería noticias con anhelante impaciencia.

El cóndor, señor de las cumbres, le dijo que por uno de los senderos de la montaña había visto cruzar a Cavillanca. Iraya le dió su bendición al par que le expresaba : — ¡ No morirás jamás ! Tendrás el cielo y a las alturas de esta cordillera, por casa propia. Tu pico podrá regalar^{se} con la carne de los guanacos y de las llamas. ¡ Y maldito sea quien se atreva a matarte !

A la zorrilla, que le habló con mala voluntad, la condenó a ser maloliente.

Al fornido puma, de cenicienta piel, le recompensó las acertadas informaciones sobre Cavillanca. Dispuso que fuese el sacrificador de los perversos y mandó que si alguna vez un indio se atrevía a matarlo, debía, en desagravio, conservar el cuero y la cabeza, sin alterar sus formas.

Disgustado porque el zorro se demostró pesimista sobre el éxito de la empresa Iraya le quitó su ayuda, convirtiéndolo en un animal despreciable y perseguido. Pero dió sus gracias al gavián porque este veloz sondeador de los espacios fué prudente en su respuesta, y le dijo : — Todos te estimarán y el hombre que te diere muerte quedará obligado a sacrificar una llama en tu homenaje. Además llevará tu imagen y tus plumas sobre su cabeza, como signo de arte y de superioridad.

Los loros fueron maldecidos porque le negaron al dios buenas noticias.

Cuando Iraya alcanzó las orillas del mar, supó la transformación de Cavillanca y de su hijo. Y se disponía regresar, perdida ya toda esperanza de recuperar a los que fueron suyos, mas al volver la cara descubrió a las dos hijas de Pa-

chacámac, bellísimas y jóvenes, a quienes vigilaba una culebra espantable.

— ¿Y vuestra madre? — preguntóles Iraya.

Ellas respondieron :

— Está en el mar saludando a Cavillanca.

Iraya dominó a la culebra mediante palabras mágicas y enamoró a una de las hermanas. Pero cuando trató de hacerlo mismo con la segunda, ésta se volvió paloma y huyó. El dios, en venganza, robó los peces que Uragyhuachac, madre de las doncellas, guardaba en una laguna. Los arrojó al mar que desde entonces, los tuvo porque antes carecía de ellos.

En este mito, cuya síntesis he ofrecido, se conliere al cóndor y al gavián los predicamentos divinos que desde épocas inmemoriales hasta hoy mismo — en algunas regiones — se le atribuyen. Ellos fueron tótemes, juntamente con el puma, el jaguar y la serpiente. Todavía existe entre los aborígenes de esas comarcas la creencia de que el indio desciende del cóndor y aun del halcón. Se guarda respeto supersticioso por estos animales, evitando el matarlos, pues, en su calidad de tótemes, eran esas aves, hermanos, amigos, aliados, unidos por un vínculo sacrosanto.

LA TREMENDA FAMA DE LA LECHUZA

Ni el predicamento honroso que significó el acompañar como símbolo a la sabia hija de Júpiter, ha librado a la lechuza del sombrío prestigio que la sigue como sombra maldita al través de las edades y de las más diversas regiones geográficas. Y, si en algunas comarcas, como entre los indios amazónicos, se la reverencia, ello es por miedo, pues

todas las *strix* las tienen por secuaces del demonio que se alimentan de víboras ponzoñosas como la terrible cobra, lo que, por otra parte, redundaba en beneficio del aborigen.

Su alianza con las hechiceras es hecho de antiquísima data. Fuera tarea asaz dilatada la de acompañar a la lechuza en el proceso multisecular de su fama en Asia, África y Europa. América, desde los tiempos precolombinos, brinda testimonios copiosos del signo adverso de la popular rapaz. En el México de Moctezuma, ella era considerada como un mensajero del dios del infierno. La presencia de una *tautequihua*, que tal nombre tenía en idioma azteca, concitaba sugerencias de espíritus malignos, y las gentes al verla dirigiéndole plegarias de apaciguamiento. Los cronistas del Perú, entre ellos Guamán Poma de Ayala, refieren que en los ayllos, el indio se sobrecogía de terror al escuchar los chistidos característicos que sonaban como a voz de sentencia. Y lo mismo que en México, el nativo formulaba sus conjuros para evitar que la fatalidad cayese sobre él como un traicionero e imprevisto rayo.

El famoso cronista aludido incluye en la página 283 de su obra, informaciones de elevado interés sobre el ave que se estudia aquí. Sobre los hechiceros y sus animales aliados, refiere :

« Los dhos abocineros agujeros q' suelen tener los *yños* antiguos delos *yngas* y eneste tiempo lo tienen desto de *atilypa* y *tapyauanmi acoyraqui* (agüero vano; anuncio o señal funesta; infortunio; desgracia) quando le paresen o se les entran ensus casas las culebras y cantar de lechuzas y mochuelos morciélagos q' los llaman *tuco* (buhu), *chucio* (lechuzas), *pacpac* (mochuelo); *chicollon* (ruiseñor)... oyendo bramar zorras o algún animal los *yños* agujeros dicen q' sale y

anda cavessas de los bibos osus brasos o piernas osus tripas delos hombres o delas mugeres desían q'tales *ynos* avían de murir o partir cada uno dela tierra o desus mugeres o desus maridos o los hijos desus madres y padres o que ande morir ahugarse en ríos o despenarse en quemarse enel fuego o q' se abría de ahorcarse por sus manos como lo hazen eneste tiempo q' se ahorcan estando muy borracho los changas y lo llevan todos los demonios y satanáas *asu casa al ynfierno* ».

Según Poma de Ayala, cuando en una casa entra la lechuza, los habitantes dicen : — *carcouanchícmi uanozunmi tucusumi*, o sea : — Mira que nos voltea ; vamos a morir ; vamos a terminar.

El padre José Sánchez Labrador, que escribió sobre los araucanos con tanta propiedad y detalle, hace una referencia gráfica :

« Si de noche oyen el canto de alguna lechuza, o algún ruido o grito de algún animal de los noctámbulos, como del que ellos llaman Quequen, que es el de Aguaráguazú de los guaraníes, o especie de zorra corpulenta y peluda, al punto empieza uno con un palo a dar golpes al toldo, y luego toda la toldería hace lo mismo, golpeando todos sus toldos con sus garrotes, prevenidos para esta maniobra. Dicen, supersticiosos, que hacen ruido para espantar al Demonio que viene a hacerles daño. Apenas si pasa noche que no se oiga una o dos veces esta rara moda de conjuro y exorcismo de palizas ; y como dan en cuero y es de noche, resuena un horrible ruido ».

En las boscosas comarcas de Tierra del Fuego, sufre ella la misma triste celebridad. Los indios onas se estremecen cuando sienten el nocturno grito de la esotérica *strix*, porque está en ellos arraigada la superstición de que ese grito

es augurio de calamidades. En lugar de conjurarla con la fórmula bonaerense: — ¡ *Creo en Dios y no en vos!* , el aborigen austral exclama haciéndole ademanes agresivos: — ¡ *Kosh vipsón!* esto es: — Rostro malo! Y la sigue propinándole insultos en forma estruendosa. Cree que así los espíritus de la desgracia se asustan y se alejan.

Yo conocí en Dolores una curandera que, según la voz unánime, tenía estrecha vinculación con los genios del bien y del mal. En su consultorio guardaba una lechucita de las vizcacheras (*speotyto cunicularia cunicularia* Molina), perfectamente embalsamada. Los crédulos pacientes decían que en ella ibau a pasar la noche de los viernes, aquellos genios que invocaba la sacerdotisa criolla en sus oscuras liturgias. Desde los ojos de la lechucita — que parecían dos enormes lentejuelas rojas — la mujer recibía los influjos inspiradores que hacían adivinar no solamente las causas del « daño » sufrido por los enfermos que la consultaban, sino también el nombre de quien lo hizo.

Extensa área de dispersión alcanza en la provincia de Buenos Aires y en general en todo el país, la superstición de esta ave. Su presencia augura dolores, lágrimas, luto. Si por la noche cruza por encima de una casa lanzando su clásico chistido, las personas medrosas sienten en el corazón el hielo de un extraño temor. Unas se santiguan. Otras repiten con palabra trémula: — ¡ *Cruz, ave María!*

Cuando niños, se nos decía que el demonio pasaba encarnado en la lechuza. Había que conjurarla con la vieja fórmula: — ¡ *Creo en Dios y no en vos!* ¹, de que hice mención

¹ SÉBILLLOT (*Le Folklore*, 156, París, 1913) menciona una superstición parecida: « Les nègres de la Gambie croyaient que certaines espèces

antes. También solían aconsejarnos que si en el campo y sobre todo en las inmediaciones de un cementerio la veíamos, nos santiguásemos, sin quitarle la mirada. Hecho esto convenía ahuyentarla para que no nos siguiese.

Esta tremenda fama de la lechuza y de los buhos tiene hondas raigambres en la historia de las supersticiones. Ya los etruscos consideraban al buho como de mal agüero. Antiguas láminas medievales representan a las brujas y adivinas en convivencia con estos alados. En España, la lechuza aparece profusamente en la literatura vinculada a los agüeros adversos y a la oculta labor de ese pintoresco mundo que se agitaba en los tenebrosos ambientes de la hechicería tan admirablemente descritos por Cervantes. Para muchos, en la antigüedad y el medievo, fué la lechuza también un símbolo de penetración en los secretos del más allá, y tenía misteriosos atributos de sabiduría. Mas, para el pueblo, ella encierra un signo negativo. ¡ Y pensar que gracias al pico de las nocturnas *Strix* los campos se libran de alimañas y las antiguas casas quedan purgadas de ratones ! Pero la superstición no ve sino por sus ojos ensombrecidos de misterio. Ciérralos a la razón como el que después de un largo encierro en las tinieblas, da la cara al sol...

El indio pampa, cuando el hambre le picanea el estómago, olvidábase momentáneamente de augurios adversos, y no vacilaba en comer lechuza. Ella también caía dentro del principio hernandiano, formulado en *Martín Fierro* :

Todo bicho que camina
va a parar al asador.

de chouettes étaient sorcières, et lorsque les Bassoutos entendaient le cri d'un petit oiseau de nuit qu'ils interprètent par : « Venez ! Venez ! » ils disaient : « Nous avons entendu un sorcier ».

Mas, no solamente el indio se ha regalado con la pechuga tierna de la lechuza. En la campaña hay quienes buscan los pichones para aprovecharlos en el guiso criollo. Yo he presenciado la preparación de uno de estos platos, y no advertí que la vieja cocinera experimentara entonces emoción alguna. Lo curioso es que por la noche, cuando pasaba el buho chillando, ella se santiguaba temerosa... ¡Contradicciones de la psicología humana!

Esteban Echeverría, conocedor del influjo misterioso de estas aves y para dar mayor fuerza a su descripción de la indiada que dormía tras el festín, dice en *La cautiva* :

Al espantoso ronquido
de los que dormidos sueñan.
los gemidos infantiles
del ñacurutú se mezclan.

En el pueblo argentino están vigentes todavía muchas de estas supersticiones. En cada región se da a la lechuza, el buho, el mochuelo, nombres típicos que son, a veces, resonancia de los idiomas aborígenes perviventes con firmeza en el vocabulario criollo. Cerraré este capítulo con una serie, si bien corta, de aquellas supersticiones :

El *quitilipe* o *quitilipi*, *ñacurutú* o *jacurutú* (*Buho virginianus nacurutú* Vieillot) es anuncio de amarguras. Si clava sus grandes ojos color rubí en una persona, ésta morirá muy pronto.

Él vuela sobre las mujeres que no tienen calidades de amas de casa, según los indicios guaraníes. Sin embargo, en algunas casas lo domestican, como al cuervo, y presta los servicios de un gato.

El *suindú* (*Asio flameus suindus* Vieillot) anuncia desgracias. Si pasa chistando, pero sin detenerse, las penas que

augura serán leves. Es interesante el contraste que ofrece la actitud de las leyes de Francia medieval que castigaban a quien matase a un buho que se refugiara en un palomar. En ese país, esta rapaz era indicio feliz. Los araucanos dicen: *Trewer ualmeu dungui ta chivüüd* para significar que la lechuza (chivüüd), si canta o chista frente a la casa, es porque habrá neblina. Y también: *Magunal meu wirarkei ta konkong*: lo que traducido, expresa: — Cuando el *concón* (lechuzón parecido al *suidá*, del género *syrrium rufipes*) chilla, habrá lluvia. Cita estos dos refranes don Tomás Guevara en su magnífica obra *Folklore Araucano*, V, pag. 421.

Cuando chista el *colcol* delante de la casa, con seguridad habrá disgustos en la familia. Esta lechuza (*Tyte alba tuidara* Gray) se refugia en torres y campanarios; de aquí su nombre popular de lechuza campanera o de los campanarios.

También el *ñacundá* (*Podager nacunda nacunda* Vieillot) acarrea pesares si da su grito al volar sobre una persona.

La *coruja* del Uruguay, que no es otra que nuestra lechuza de las vizcacheras, es portadora de calamidades, según el pueblo. En el Brasil se la respeta porque, como dije antes, la consideran aliada de Satanás.

Los jujeños y bolivianos dicen que la lechuza llama al alma del que mora en la casa. Si hace nido en el techo; las desgracias no tardarán. Si algún pichón cae sobre un hombre, habrá epidemias en la zona.

En Venezuela se llama *cocorote* al buho, especialmente, y de la superstición que él inspira habla este refrán: *Cocorote canta, indio se muere; no lo creo, padre, pero sucede*. En Ecuador llaman *cuscungo* al mochuelo, y por extensión a todas las *strix* agoreras y se usa el refrán: *Canta cuscungo y el indio muere; chanza parece, pero sucede*. En Perú, la *pacapaca*, nombre de nuestra rapaz, anuncia muerte. Cuando

ella canta, entra frío y sombra en el corazón de los campesinos, descendientes de aquellos chimús y huairochiris de la época incana, firmes creyentes en el agüero malo de la lechua.

SUPERSTICIONES DEL GALLO Y LA GALLINA

Al comienzo de esta obra, recordé la ascendencia persa del gallo, este guardián de las auroras que saluda al sol con vibrante y repetido canto que provocó maravilla en Atahualpa por su vigor y sonoridad, a juzgar por el testimonio de los antiguos cronistas coloniales. El gallo y la gallina constituyen el centro de innumerables supersticiones favorables y negativas, pero con acentuada vigencia en el país. Incluyo en la nómina a la gallineta, la charata y la guinea por sus similitudes respectivas ¹.

La serie que doy en este trabajo comprende a las que gozan de mayor dispersión en el país.

1. Si la gallina canta como el gallo, anuncia desgracia. Hay que sacrificarla inmediatamente.

2. Si dos gallinas riñen, es porque en breve pelearán dos comadres.

3. Cuando la gallina ha empollado, deben juntarse las cáscaras de los huevos y colgarlas sobre el fogón para evitar que ningún pollito muera, ya por enfermedad, ya porque el gato se los comá.

4. Si el gallo cacarea, es preciso matarlo porque aquella actitud es un agüero nefasto.

¹ En el estudio preliminar se dan referencias sobre el gallo y los auspicios en la antigüedad.

5. La gallina aborigen o de la tierra es la *charata*. Ella también inspira una superstición. Si canta durante la borrasca es signo de que no tardará en brillar el sol de la bonanza.
6. La *ipacái* o gallineta del monte anuncia aguaceros cuando huye hacia el interior de las isletas.
7. La gallina común trae miseria si se la cría en casa.
8. Cuando la gallina picotea el revoque del rancho, llueve.
9. El gallo que canta antes del alba, indica un día de niebla.
10. Cuando el gallo se detiene frente a las alcobas y canta, es augurio de inminentes noticias.
11. El canto llorado de un gallo, es signo de futuras penas.
12. ¿La gallina picotea al gallo? Ocurrirán desgracias.
13. La gallina se arrastra aleteando por el suelo: lluvias próximas.
14. El gallo canta mientras llueve: escampará.
15. El gallo canta al tiempo del toque de ánimas: lluvia, frío, viento.
16. Las gallinas negras nunca traen suerte.
17. Cuando la gallina comienza a poner, suele aparecer en el nidal un huevo pequeñito. Ello es un buen indicio. Las aves de corral se multiplicarán.
18. Una pelea de gallinas: visitas no sospechadas.
19. Si un gallo canta a medianoche y otro le responde, alguien morirá en el pueblo.
20. A la gallina con moquillo se le atraviesa una pluma suya del ala detrás de los oídos o del pezcuezo.
21. A la gallina poco ponedora se le echa cáscara de huevo en polvo dentro del afrecho que se le da todos los días, y mejorará sus posturas.
22. Cuando la gallina vieja hace su postura final, echa

un huevecillo huero. Dentro de él está el *basilisco*, animal trágico que si él llega a mirar primero a una persona, ésta padecerá de « daño ». Es, dicen, una viborilla con un solo ojo y, apenas puede, escapa del cascarón y se ubica en algún resquicio de la pared o del techo y desde allí ejerce su maléfica influencia. El enfermo, casi siempre mujer, debe mirar al nido de la gallina vieja por medio de un espej^o, sin dar nunca el frente. El tratamiento dura algunas horas diarias. Esto, sin perjuicio de que todos los habitantes de la casa con la curandera por caudillo mágico, realicen una prolija búsqueda del peligrosísimo animal. Como encuentren un bicho cualquiera, lo aniquilan acusándolo de ser el basilisco, y mientras lo matan dicen : ¡ Soy de Dios ! ¡ Soy de Dios ! ¡ Soy de Dios !

Esta superstición, resto de un mito antiquísimo, fué traída por los conquistadores a nuestra América, con las primeras gallinas de Castilla. En su origen, tal vez una de las fuerzas de la naturaleza haya sido supuesta en el interior del huevo, del mismo modo como en el mito peruano relativo al diluvio, el sol se halla en el huevo del cóndor y surge luego del empolle. Pese a lo esfumado que llegó a nosotros, tiene rasgos evidentes de presencias mágicas, quizá demoníacas, que lo mantienen todavía en el rumbo de los mitos.

23. La gallina guinea o chocha, reporta desventuras.

24. La recién casada que coma un huevo de gallina con dos yemas (amichos), tendrá mellizos.

25. Cuando la gallina escarba mucho, anuncia sequía.

26. Para curar del « aire » a las gallinas, hay que atarles al cuello o a las patas un hilo colorado.

27. Si el gallo canta nones en lugar de pares, el día será de sol y muy sereno.

28. Un gallo de riña será invencible si con la madera de un árbol astillado por el rayo, se le hace bebedero.

29. Soñar con gallinas, casamiento.

30. El agua donde el gallo haya mojado el pico, cura el dolor de muelas.

31. Las gallinas de plumas crespas ahuyentan las pestes del gallinero.

32. La superstición del canto de la gallina ha originado una frase proverbial : *En tu casa canta la gallina*, para indicar la segundonería del hombre respecto de su mujer. Este dicho se enrostra al pusilánime y a los que viven del trabajo de la esposa, la cual, por esto mismo, es la que manda en el hogar con predicamentos de jefe. En Bolivia y Perú, dicen : *Desgracia da la casa donde canta la gallina* ¹.

En la provincia de Buenos Aires, circula esta frase gráfica y violenta : *Aquí la que pisa es la gallina*, es decir, que sube al gallo.

33. Dicen en el Chaco que la gallineta quebranta con su presencia todo progreso. Su mismo canto *tocá tocá*, significa : ¡ Que se acabe todo !

34. Los viejos del sur bonaerense afirmaban que el gallo solía poner un huevo, pero que en su interior había viborillas u otro animalejo ponzoñoso. Hay que arrojarlo al fuego, pero no en la cocina, sino en una hoguera hecha en los fondos de la casa. Esta creencia es muy popular en todo el país, pero en algunas regiones tiene variantes. La práctica del fuego solamente la he conocido en Buenos Aires.

¹ *Mitos, Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia*, por M. Rigoberto Paredes, página 86. La Paz, 1920. Este autor se refiere también a esta superstición.

35. Cuando las gallinas a medianoche se impacientan y comienzan a subir y bajar de sus palos, como si viesen algún animal dañino, es porque habrá algún temblor o terremoto.

36. Las pecas se curan pasándose por las mejillas el sudor de un huevo recién puesto ¹.

37. La gallina clueca que busca un rincón de la pieza para echarse, anuncia estrecheces económicas.

38. La enjundia de gallina se aplica en los procesos reumáticos. Hay curanderos que la mezclan con ciertos productos preparados por ellos y la administran acompañando al hecho con palabras mágicas.

39. A la gallina que se come los huevos hay que meterle el pico en uno que esté hirviendo y no se los volverá a comer.

40. La edad del gallo para poner el huevo con vibora, es la de siete años. Es prudente sacrificarlo antes de que llegue a esa altura de su vida.

EL AVESTRUZ, AVE PROPICIA

Nuestro ágil avestruz (*Rhea americana albenses* Lyn. Holmberg), recibe en las distintas regiones donde habita los nombres de ñandú, choiqué, surí, chara, churí, y charabón, si es pollo aún. Por error, Tobías Garzón le llama *chulengo*, pues esta denominación se da al guanaco joven, al menos en la Patagonia donde por extensión, al muchacho veloz en la carrera, se le apoda de esa manera ².

¹ *Folklore de Cautín*, por Cremilda Manríquez. En *los Anales de la Universidad de Chile*, tomo III (1941-1943), Santiago de Chile, 1943.

² *Diccionario Argentino*, por Tobías Garzón, página 160, Buenos Aires, 1910.

La superstición del avestruz se ha extendido en toda la República, mas en mi provincia de Buenos Aires y en los territorios sureños, la vigencia ha profundizado en proporción mayor.

El avestruz, como ave de presagios y de sortilegios, fué conocido desde los tiempos remotos en Europa, Asia y África, donde sus huevos suelen ser expuestos junto con los demás objetos de culto, como puede verse en los altares coptos. En éstos, hállanse a derecha e izquierda del cirio ritual. En las tumbas etruscas, juntamente con joyas y utensilios, se han encontrado huevos de esta corredora, hecho que el padre Lozano ya había advertido al investigar en algunas sepulturas de los indios guaraníes.

En la campaña bonaerense, muchas son las familias que conservan en la sala de recibo un huevo vacío de ñandú, decorado algunas veces con vivos colores, o colocado en un estuche de raso calado o malla tejida con lana policromada: He visto varios que ostentaban las iniciales de su dueño. Se afirma que esa presencia importa mucho, pues garantiza la prosperidad del hogar. Y cuando las madres, novias o hermanas obsequian al hombre una *guayaca* o *chuspa* labrada con piel del pescuezo o del buche del avestruz, lo hacen no solamente para agasajarlo sino también porque presumen que ese objeto, por tener como base prima piel de aquella corredora, preservará de males a su poseedor. Nuestro criollo cree hasta hoy mismo que el avestruz empolla los huevos del nidal con la fuerza de su mirada y, al conservar uno vacío en su rancho piensa que con ello fortalecerá su voluntad y dará relieves de mayor firmeza a su carácter. Asimismo, se ha formado la idea de que si en medio de los campos descubre una nidada y el avestruz macho lo advierte, ya no los

empollará; les tomará odio y con sus poderosas patas los destruirá uno por uno. Por eso es común escuchar al criollo decir: — ¡Encontré un huevo guacho!, es decir, abandonado. Lo guarda como un amuleto porque considera que le traerá suerte.

El adorno por excelencia de las antiguas carretas era un tejido triangular, fabricado con tientos o con gruesos hilos de lana teñida de verde, rojo, dorado o azul. El centro de la base de este triángulo pendía sujeto por un ramal de cuero, del palo que sobresalía más de un metro hacia adelante y el vértice remataba en un huevo de avestruz metido en una malla de lana que terminaba en una cola de vaca blanca. La presencia del huevo allí no era un simple lujo. Tenía un significado mágico. Los carreteros de fin de siglo, fieles a la tradición, lo ponían sin detenerse en mayores averiguaciones, pero no hay duda de que sus antepasados lo colocaban allí a sabiendas de la superstición.

— ¡El huevo de ñandú trae buena suerte! — dicen los criollos de todo el país. He aquí la razón de ciertas actitudes que ahora muchos no se explican. Acaso un milenario mito tuvo por elemento fundamental entre los indios americanos al huevo del avestruz. Mas, como la vida de los mitos declina y se esfuma en consejas, refranes y a veces hasta en simples mímicas aparentemente sin un sentido lógico, puede haber acaecido lo mismo con el que yo presumo.

Yo he conocido troperos de carretas que tenían en mucho la compañía de un huevo de avestruz. De su influencia esperaban buen viaje, ganancias, alegrías, y sobre todo, en otros tiempos, la salvación en caso de un ataque de indios. A veces, el huevo fué reemplazado por una esfera de cristal coloreado, un gran caracol con decoraciones o un bordón de mayor

tamaño que la flor de cardo. Pero esto no desdice para nada la vieja superstición generalizada. Acaso, en ellos crean llevar el espíritu favorable que suele albergarse en el huevo.

En el Brasil, entre los habitantes de Rio Grande do Sul, corre la creencia relativa al huevo del avestruz. Pero también la imaginación estimulada por fenómenos luminosos tan frecuentes en esas regiones húmedas y boscosas, ha creado el *ñhandútatá*, avestruz ígneo que en ciertas noches suele recorrer velozmente las praderas alledañas a los grandes ríos. La « cama de fuego », como le dicen, indica los sitios en que los viejos *fazendeiros* escondían sus tinajas ahitas de joyas y monedas de oro. Esta creencia pasó a las regiones guaraní-ticas de nuestro país, donde lo llaman *ñandú puitá*, esto es, ñandú rojo. También aquí se afirma que tal aparición señala el camino de los tesoros escondidos.

En su minuciosa crónica, Guaman Poma de Ayala¹ informa que los collasuyos, juntamente con otras cosas y animales, usaban la pluma del surí para sahumar las huacas y los ídolos. A más de cuatro siglos de distancia, esta pluma mantiene su prestigio mágico. En la provincia de Buenos Aires se recomienda, para quebrantar el « daño », poner dos plumas de la citada corredora en forma de cruz, detrás de la puerta de calle tal como se hace con la ruda².

Entre los tehuelches, según la información del *Diario* del capitán Juan Antonio Hernández, el adivino de la tribu, después de responder a las preguntas que formula el cacique,

¹ *El Primer Corónica y Buen Gobierno*, por Felipe Guaman Poma de Ayala. Edición de la Sociedad Geográfica de la Paz, Bolivia, dirigida por el profesor Arturo Posnansky (op. cit.).

² El manuscrito en el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras. Archivo de la Colección de Folklore.

recibe agua y un huevo de avestruz que en seguida ingiere. Luego le hacen fumar. Pasados unos instantes, el hechicero se contrae afectando convulsiones precursoras del vómito para que los espectadores créan que Gualicbo estaba en su cuerpo y que, satisfecho con lo que se le brindó, vase ¹.

Falkner, que se interiorizó en la vida de los *araucanos*, sostiene que el avestruz fué un animal tótem de esta raza. La atribución es acertada. Es muy posible que haya existido hasta una tribu con el nombre común de *choiqué*, tótem del jefe divino.

En las provincias del Norte, créese que el *suri* es un intermediario entre los hombres y la Providencia, y que él puede provocar la lluvia en épocas de sequía. Para los *diaguitas*, fué ave *tabú*, con los mismos predicamentos que el cóndor y el gavián, el puma y el jaguar para los *quichuas* peruanos. Se le tributó culto. La fiesta del *chiqui* es una reminiscencia de milenarias liturgias impetratorias del agua.

Quizá relacionada con algún mito astral, queda una expresión entre los *araucanos*. Al tahalí del cazador de Orión (las tres *Marías*) le llamaban *pënon-choique*, o sea la huella del *choiqué*, según el testimonio del aborigen de esa raza Pascual Coña, tomado por el reverendo padre Ernesto Wilhem Moësbach y publicado en *Vida y Costumbres de los Indígenas Araucanos en la Segunda Mitad del Siglo XIX*². Díjome doña Josefa Marín, prima hermana centenaria ya del célebre cacique *Paghitrutz* (Mariano Rosas), que esas estrellas eran

¹ *Diario del Capitán don Juan Antonio Hernández*, 1770. Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua de las Provincias del Río de la Plata, por don Pedro de Angelis.

² Prólogo y notas de Rodolfo Lenz, página 79, Santiago de Chile. 1938.

rastros de un choiqué celeste, benefactor de los hombres, pero no pudo explicar el mito, debido a flaquezas de su memoria.

En tierra de puelches se habló siempre de la luna convertida en avestruz que busca a los pájaros negros que le mataron los hijos. Los busca sedienta de venganza. Con estos elementos informativos he dado forma al posible mito :

El sol y la luna tenían su hogar en las praderas de Gnechen, que por la noche eran deslumbrante florecer de luceros, y durante el día semejaban una inmensa pampa cubierta de flores azules. Pichiantü, el hijo del venturoso matrimonio, jugaba alegremente, cabalgando en una garza dorada. Sus padres le habían advertido que no se alejara demasiado de las augustas alturas porque en la vecindad de la tierra acechaban las águilas de asesino pico. Pero el candoroso Pichiantü, que ignoraba lo que es el mal, descendió una vez en su áurea garza hasta donde se alcanzaban a divisar los árboles, los ríos y hasta las rucas de los indios.

Tan embelesado estaba en la contemplación de los paisajes terrestres que no advirtió que tres enormes cuervos negros se le aproximaban. Cuando los vió, quiso alejarse, recordando los consejos previsores de sus padres, mas era tarde. Los cuervos, negros vigías de Huecubú, lo acosaron a picotazos hasta concluir con su vida.

Un dolor inconsolable se apoderó del sol y de la luna. Y llorando juraron :

— ¡ Vengaremos a nuestro unigénito !

Gnechen les concedió la facultad de transformarse para dar caza a los tres cuervos de Huecubú y desde entonces el sol, después de cruzar los cielos, baja a la tierra encarnado en un magnífico guanaco, y la luna, desde la mañana a la

tarde hace lo propio convertida en un ligero avestruz que recorre las llanuras aledañas al Casuhati buscando con afán a los matadores de su bello hijo.

La terapéutica popular, unas veces meramente supersticiosa y otras con una base científica, tiene una serie de fórmulas usadas con mucha fe.

1. La grasa fina sirve para « fletar » o « africar » al que sufre torceduras musculares. Se hacen largos masajes hasta que la grasa haya entrado muy bien en los poros. Esta aplicación me la hicieron a mí siendo niño, en Dolores, mi tierra natal.

2. Del buche seco se hace un polvo que luego, disuelto en una tisana o simplemente en agua fría, se administra al enfermo de indigestión.

3. Para curar el reumatismo, se atan las articulaciones doloridas con tientos del animal que estudio aquí.

4. Se cura el empacho rociando las comidas del enfermo con buche de avestruz en polvo.

Para que las cuatro fórmulas que anteceden sean efectivas, es preciso que se rece el remedio, vale decir, que al prepararlo se debe pronunciar una plegaria. No hay duda alguna que el buche tiene un principio curativo eficaz que está por encima de las fórmulas mágicas.

Según el doctor Ramón Pardal, se hace un unguento con el huevo de avestruz, que tiene diversas aplicaciones terapéuticas.

El mismo autor menciona el pelo de esa ave como eficiente en ciertas formas de sorderas. Esta atribución se fundaba en la acuidad auditiva del avestruz, y me recuerda la creencia bonaerense de que al niño había que darle yemas de la gallina servida por un gallo de riña para que, por homología, el pequeño resultara un hombre valiente.

EL TINGAZÚ, PÁJARO DEL HECHIZO

El *tingazú* o *güirápayé* (*güirá*: pájaro; *payé*: hechizo), es conocido desde muy antiguo en toda América tropical como el ave bruja. Don Félix de Azara (1746-1806), ofrece amplia descripción en sus *Apuntamientos*¹. Los aborígenes del Paraguay, según el naturalista aragonés, contaban que « su carne, comida, hace el efecto de una purga y algunos le atribuyen hechicerías y simplezas ».

Buffón le llamó *atingazú du Bresil* y Marcgrave, *atingaçú-camacú*. También el primero de los sabios citados lo nombra como en Cayena, es decir, *coucou piayé* y aduce que se le considera intérprete del diablo, que para Azara es un equívoco, pues el nombre *piayé*, epéntesis de *payé*, vocablo genuinamente guaraní, se traduce por brujería, y estaría acertadamente aplicado, ya que los indios de la Guayana francesa creían, como los del Paraguay, en un largo prontuario de atribuciones mágicas relativas a este pájaro.

Sin embargo, los indios del norte y este brasileños consideraban a muchos pájaros, nuestro urutaú entre ellos, como nuncios de Satanás o sea de *Jurapari*. Por esta razón se les llamaba *uyra Jeropary*, esto es, pájaros del demonio, según el testimonio de Ivo d'Evreux en su libro *Viagem ao Norte do Brasil*². También consideraban a las lechuzas, como ya lo indiqué en otros lugares de esta obra, aliados, heraldos, cortesanos del espíritu del mal. No sería extraño que estos indios hubiesen incluido al *tingazú* o *güirápayé* en

¹ Azara, *opus cit.*, CCLXV.

² *Viagem ao Norte do Brasil*, por Ivo d'Evreux, VIII-292-93. Río de Janeiro, 1929.

el aterrante cortejo demoníaco que tenía a *Juruparí* por amo y señor. El vocablo *payé* indicaría, en la semántica de los indios del Norte continental, hechizo o cosa proveniente del diablo. De acuerdo con ejemplos tan categóricos como los mencionados más arriba, el diablo sería el centro de todas las brujerías.

Ambrosetti ¹ recogió en Misiones esta hechicería que se refiere, precisamente, al tingazú :

« Un viernes, porque ese día es el apropiado para todas esas cosas, hay que matar un pájaro muy raro, el tingazú, y ese mismo día se lleva a un lugar desde donde no pueda oírse el canto del gallo ; allí cava un pocito y se entierra al desgraciado pájaro, después de haberle agujereado la cabeza y colocádo con un poco de tierra tres habillas en los sesos.

Ocho días después se va a ver si han brotado las semillas, conduciendo una criatura. Entonces el operador saca una de las tres hojas que han nacido y poniéndosela en la boca pregunta al muchacho, que está a una distancia de diez a doce varas, si lo ve, a lo que contesta que sí ; toma la segunda hoja y repite la misma operación con igual resultado ; al fin con la tercera hace lo mismo, pero esta vez ya el muchacho no lo ve y naturalmente se pone a llorar y a buscarlo.

Viendo que el talismán surte efecto, saca la hoja de la boca y vuelve a ser visible para el muchacho ; el operador guarda entonces la hoja, para emplearla cuando la necesite.

Este talismán es muy buscado por los Don Juanes nocturnos : felizmente para la humanidad, nunca lo consiguen, pero puede muy bien servir de pretexto ».

¹ *Supersticiones y Leyendas*, por Juan A. Ambrosetti ; *op. cit.*, página 47.

LEYENDAS DE LA PERDIZ

La perdiz (*Nothura maculosa nigrogruttata* Salvadori), tan numerosa en nuestras llanuras bonaerenses, hállase dentro de ese mundo misterioso de la superstición y de la leyenda. Se dice que cuando esta cándida avecilla pía con insistencia, es anuncio de que ese año habrá caza reducida.

Los criollos, tan hechos a la observación y tan acertados a veces en sus deducciones, crearon este refrán meteorológico:

Cuando la perdiz canta
y el sol se ñubla,
dicen los entendidos:
— ¡ Agua segura !

Una superstición que he conocido en la provincia de Buenos Aires, dice que el que logra ver a la perdiz cuando bebe agua, tendrá mucha fortuna en los negocios.

Varias leyendas narran grandes y chicos en nuestro país. La más difundida expresa que una vez la Virgen María andaba por los campos y que al ver a una perdiz le rogó le trajera un poco de agua, pues tenía mucha sed. La perdiz, que por haber correteado demasiado ese día sentíase causada, se negó a ello y le dijo: espera a que llueva si quieres beber.

La Virgen le contestó: sólo beberás tú cuando llueva.

De ahí que a la proximidad de los aguaceros la perdiz cante alegremente.

Dicen quienes la han visto que durante la lluvia, abre el pico y recibe las gotas.

Otra leyenda, popular en Chile, dice que cuando Dios andaba por estas tierras, trataba de no ser visto. La perdiz, indiscreta, al descubrirlo un día gritó: ¡ Te ví ! ¡ Te ví !

Dios la castigó dejándola sin cola. De ahí un viejo refrán: *Cuando la perdiz crie cola* ¹.

Este refrán es popularísimo en nuestra provincia de Buenos Aires, juntamente con otro: *Cuando la rana crie pelos*.

LEYENDAS DEL MIRASOL

Al urutaú o kacuy se le achacaba el vivir encandilado con el sol.

Creíase que todo el día miraba con tenaz perseverancia de fakir el disco rutilante en su diaria singladura por el cielo. Y agregaban los más que el caprimúlgido de la boca anchurosa, daba su caaa... caaaa... cuy... cuy... cuy... dramático y repetido, como queja por la ausencia de aquél.

La observación minuciosa ha demostrado que no existe ese mirar constante al sol. El kacuy es noctámbulo y duerme, por eso, la mayor parte del día sobre la punta de una rama seca, a favor de un maravilloso mimetismo que lo salva de la vista del gavilán implacable o del hombre dañino.

Pero el mirasol verdadero, vive. Es la hermosa garza blanca, que se destaca en las cañadas de mi provincia de Buenos Aires, como un rosón de espuma. Tenemos el pequeño (*Ixobrychus involucris* de Vieillot) y el grande (*Botaurus pinnatus* Wagler).

La actitud cotidiana justifica el nombre que el pueblo le ha dado. Y constituye la substancia de varias leyendas, algunas quizá con reflejos de mito lejano.

¹ *Folklore de Lebiú*, por Lucila Dafourcq, en *Anales de la Universidad de Chile*, III, pág. 228, 1841-43.

Dicen que cuando el sol hecho un real mancebo andaba por la tierra sedujo a una esbelta doncella india.

Fué un amor tempestuoso y breve. Y a la hora en que ella cantaba de felicidad por haber logrado un héroe por compañero, éste, que era voluble, la abandonó con engaños y regresó al cielo. En la tribu, el gran consejo de ancianos quiso pedir a Ñandeyara el castigo del ingrato aventurero, mas la niña se opuso a ello con las razones de su corazón y confiada en que alguna vez volvería.

Mucho esperó. Mucho lloró soportando la burla de sus hermanos, hasta que Ñandeyara, compadecido, la transformó en una garza de albo plumaje que sigue con ojos ensoñados la cotidiana andanza del astro dorado, a la espera de que la vea y retorne a ser su fiel esposo.

ISMAEL MOYA.

(Continuará.)

Distinción acordada al señor académico don Juan Pablo Echagüe. — La Academia Nacional de Artes y Letras de La Habana, que preside el doctor Miguel Ángel Carbonell, ha designado por unanimidad miembro correspondiente de dicha Institución al señor académico don Juan Pablo Echagüe.

Premio otorgado al señor académico don Enrique Larreta. — En España se ha otorgado el premio de literatura Miguel de Cervantes al señor académico don Enrique Larreta, por su novela *Orillas del Ebro*.

